REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

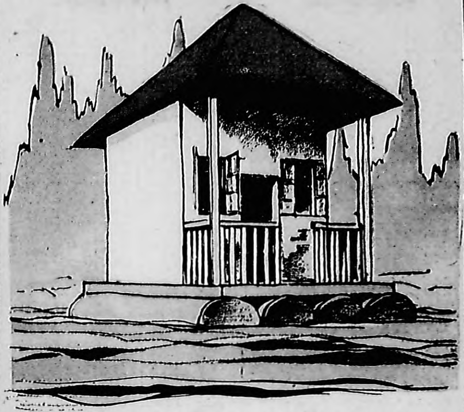
MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 4 DE 1934 — No. 52

VISTO y OIDO ★ *Giran, Duermen y Nadan* ★ por PREMIANI



La REVOLUCIÓN FRANCESA substituyó las FIGURAS MEDIOEVALES de los NAIPES por otras MODERNAS, en que figuraban los GENIOS, las LIBERTADES y las IGUALDADES.



En RÍO SANTIAGO (LA PLATA) el Sr. SAFORES AMIGOS, HABITAN un CHALECITO FLOTANTE.

★

Hasta mucho despues de la INDEPENDENCIA la VIGILANCIA NOCTURNA de BUENOS AIRES estaba a cargo de PATRULLAS de VECINOS DIRIGIDAS por un ALCALDE. El VECINO QUE A SU TURNO NO INTEGRABA una PATRULLA, TENIA QUE PONER un PERSONERO QUE le COSTABA 30 CENTAVOS.





El PATO, mientras DUERME, nada LIGERAMENTE con una SOLA PATA, de MODO QUE se MANTIENE HACIENDO CÍRCULOS e IMPIDE QUE lo ARRASTRE la CORRIENTE.

★

En 1609 se PUBLICÓ en ESTRASBURGO el PRIMER DIARIO de EUROPA, QUE OSTENTABA en la CABECERA la INSCRIPCIÓN QUE PUEDE LEERSE:

Relación de todos los acontecimientos principales y memorables que han ocurrido u ocurrirán en este año de 1609 en la Alta y Baja Alemania, y también en Francia, Italia, Inglaterra y Escocia, Hungría, Moldavia, Turquía, etc. Todo impreso tan fielmente como se ha recibido y que se ha podido redactar.



En EXCAVACIONES PRACTICADAS en el RÍO NORTEAMERICANO HUDSON FUE HALLADA ESTA CABEZA ANTIGUA del MAS PURO ESTILO ROMANO.

El Experimento de Varinsky

POR

SANTIAGO DABOVE

ILUSTRACION DE RECHAIN

★

¿CONOCEN ustedes a Smirnoff, a el sabio, anatomista y fisiólogo Smirnoff? Si lo conocen, sabrán que está aplicado con empeño, realizando una serie de experimentos importantísimos relativos a la resurrección de los muertos. Ruego al lector no tome a broma esto que digo. El sabio no pretende ejecutar antes de tiempo, y, con manifiesta herejía o espíritu sectario, adelantarse a lo que en su oportunidad realizará Jesucristo en el Valle de Cedrón.

No. Smirnoff es un hombre serio; estima bien, mide con exactitud sus alcances. La experiencia, su guía infalible, le ha enseñado que sólo puede tener éxito en algunos casos, en determinadas circunstancias y de acuerdo a ciertas condiciones. Estas son, primera: Los muertos que se compromete a resucitar han de ser frescos y de integridad orgánica. Segundo: No debe haber pasado mucho más de media hora desde el instante del fallecimiento, ni haberse enfriado del todo el cadáver. Tercera: Que las causas de la muerte sean únicamente un síncope cardíaco, un accidente por descarga eléctrica o electrocución en la silla de ejecuciones.

Como puede verse, se trata de actuar en sujetos que no hayan sufrido una destrucción irreparable de sus tejidos nobles. En honor de la verdad o más bien de la posibilidad, modestamente creo que no se puede pedir más en este sentido. Porque sería como querer crear algo de la nada, suponer que la vida puede devolverse sin lo indispensable para que el órgano vital funcione, aunque lo dañado sólo sea a considerarse en su anatomía microscópica.

A aquellos lectores que crean muy limitado el campo de Smirnoff y que se hayan forjado desaforadas esperanzas, les diremos que se pongan primero en el cogollo de la dificultad y, antes de desdeñar, justiprecien al trabajo sincero y genial que hace lo que puede hacer su humana naturaleza y, por último, añadiremos que, para los creyentes, el desengaño es sólo temporal, pues siempre queda, al fin del horizonte, la resurrección católica, o las de otras religiones.

Varinsky es amigo mío. Cirujano joven, y espíritu investigador, ha sido discípulo de Smirnoff, al que profesa una sincera admiración. Es cierto que en un tiempo, cuando era estudiante, le gustaban las supercherías y las cosas raras, pero tenía un innegable talento. Yo sabía que Varinsky estaba tratando de reproducir acá, las experiencias del maestro. Tuvo que dejar a éste para venirse por asuntos familiares; (él era de Buenos Aires y su familia estaba en esta ciudad) cuando recién los primeros semi-éxitos empezaban a dar pábulo a su curiosidad.

Varinsky es optimista y espera superar al maestro si ciertas dificultades se resuelven. Pretende actuar con buena suerte en plazos más largos y aún cuando los cadáveres estén fríos. No se contenta con conseguir un poco más de lo que hacen la adrenalina y la respiración artificial administradas en casos similares.

Continuamente hablábamos con él de problemas biológicos y, a veces, metafísicos; pero se veía que no le causaban mucho entusiasmo las aventuras del "Ser" que tiene como principales vísceras y coyunturas, un articulado lógico, y, como sangre, un derrame crítico. En cambio, su espíritu práctico, se caldeaba al hablar de vivisección o experimentaciones que podían aclarar problemas biológicos.

Una noche, después de la sobremesa, recibí yo un urgente llamado telefónico de parte de él, a quien hacía varias semanas que no veía.

—Venga en seguida. Tengo un caso. Las buenas ocasiones no abundan. Se trata de un electrocutado y me lo han traído a la media hora de su muerte, más o menos. Todavía está algo caliente. Homicida y suicida. Mató a su novia y al amante de ella a balazos, pero él, que era electricista de afición y muy entendido en esos manejos, prefirió hacerse pasar por su cuerpo una fuerte descarga eléctrica. Al parecer era un muchacho culto, de carácter impulsivo y algo neurasténico. No se imagina lo que me ha costado conseguirlo sin demora. Me valí de la influencia del juez de instrucción y de otras superiores. Como dije que quizá podría salvarlo y entonces él declararía, se habrán entusiasmado por una condena más...

¿Dónde vive usted ahora?... Está cerca. Bien venga a la sala T del hospital X, pronto. (El era jefe de esa sala y se adivinará que no doy los verdaderos datos por discreción). Venga pronto aunque "usted sabe que, aun fríos los resucitaré", y se rió con humorística y amable jactancia.

Con una manga del saco en un brazo y la otra por poner, salí de mi casa en dirección al hospital. En unos cinco minutos estuve allí. El portero, ya avisado, me condujo a la sala T. En una habitación adyacente, no muy grande, había una mesa de operaciones, dos ayudantes, dos médicos amigos en unos caños más bien altos, más próximos a la mesa. Todos se sentaron y yo hice lo mismo, después de haberme puesto un delantal y un gorro blanco que me alcanzaron.

El cadáver era el de un muchacho bien constituído, de piel algo mate aceitunada, de ojos muy largos y rasgados, de hombros y brazos fuertes que contrastaban con cierta delgadez del torso. No me pude evitar el compararlo mentalmente con las figuras que por lo común se nos ofrecen en las láminas que representan los antiguos egipcios. La luz cruda que daba sobre él, le daba un tono azul pálido.

Varinsky nos invitó a que lo examináramos. Molins, uno de los médicos presentes, se aproximó y auscultó el corazón:

—Completamente parado; ni un latido — dijo. Luego entreabrió los párpados, tocó la conjuntiva y agregó:

—No hay reflejo.

Por puro lujo puso la hoja tersa del cortaplumas en las fosas nasales y las retiró sin que se empañara.

El otro médico acercó un fósforo encendido y después de un termocauterio a la piel del brazo y costado, comprobó que no se producía ninguna reacción. Yo, no sabiendo qué hacer, puse las puntas de mis dedos en la muñeca y comprobé la ausencia del pulso.

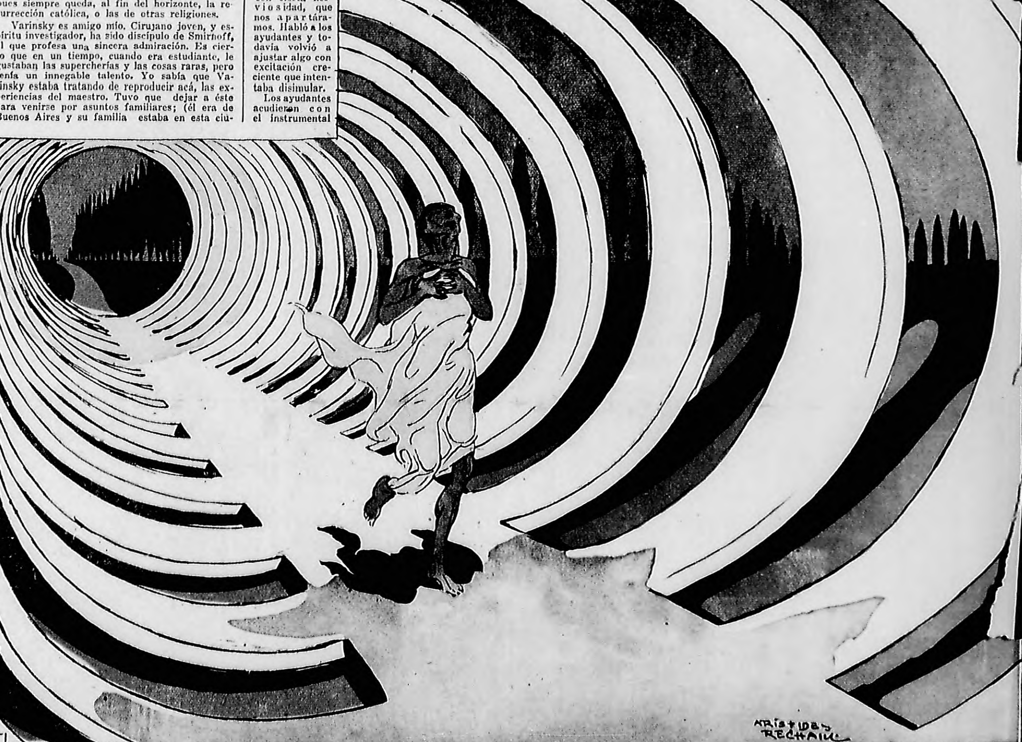
Ya empezaba a enfriarse esa carne muerta, carne de joven [illegible] no y violento.

Mientras nosotros hacíamos esto, Varinsky maniobraba con actividad, preparando un pequeño aparato que parecía un motor de bolsillo, adosado a un recipiente que contenía un líquido rojo. Ví también unas gomas en cuyos extremos había agujas más bien gruesas pero de puntas sutiles.

Cuando terminó, nos rogó, con cierta nerviosidad, que nos apartáramos. Habló a los ayudantes y todavía volvió a ajustar algo con excitación creciente que intentaba disimular.

Los ayudantes acudieron con el instrumental y Varinsky y ellos se encarnizaron con el pecho hasta abrir una ventana resecando las costillas. Varinsky aproximó su aparato y metió las gomas por la brecha. Allí estuvo trabajando y, cuando se acercaron los médicos para tratar de enterarse, les volvió a rogar con cierta brusquedad que se apartaran. Al volver a sus sitios, me pareció ver algo de rabia y decepción en sus rostros.

"Disculpen, dijo Varinsky; ya les explicaré... por ahora hay que atender a lo más importante".



Luego de un rato bastante largo de irrigación que nos hizo temer un fracaso, empezaron a manifestarse ante mis ojos atónitos, los primeros signos de vida. Una ligera coloración invadía las mejillas exangües.

Me impresioné mucho porque yo había visto indubitables en esa cara las huellas de la muerto y he aquí que empezaba a tomar una leve tonicidad que indicaba algo vivo. ¡Expresión, expresión!... esos ojos muertos perdían su aspecto de vidrio turbio y se encendían como si recibieran luz de adentro. Tenían cierto estupor como si de nuevo estuvieran frente a algunos de los caracoles, verdores, admiraciones o espantos del mundo.

Varinsky limpiaba continuamente el campo del miocardio con algodones y gasas y atendía el delicado funcionamiento de la bomba.

De pronto empecé yo a oir un murmullo como de voces lejanas que se acercaban, e interiormente lamenté que se viniera a turbar con trivialidades nuestra experiencia.

Varinsky dijo: "Silencio. Pero... ¿quién es el que habla? ¡Que se calle el que habla!", agregó, sacando la cabeza por la ventana entreabierta que estaba contigua a la mesa de operaciones. Luego palpó las gomas, que palpitaban igual que arterias fuera de su estuche cáneo. Se veía que la bomba era como un substituto del corazón, que pondría a éste en marcha para retirarse una vez la circulación restablecida.

A todo esto, el murmullo seguía en su molestia impertinente.

Yo siempre he tenido oído fino y localizador como ninguno, casi siempre sabía en otra época, dónde chirriaban las cigarras, los grillos y los vigilantes. Y aun cuando los labios del difunto no temblaban, ni siquiera apenas como los de Balder, el célebre ventrílocuo en su pantomima, me dí cuenta de que la voz salía del cadáver.

Yo siempre he dudado de mi razón, pero nunca de mi instinto, de mis sensaciones, de mis percepciones. Un muerto no puede hablar... ¡bien!, pero de allí salía la voz, de esa boca que no se movía, de esos labios que no se movían y que apenas palpitaban en la vida alboreante.

Hablé a los otros y les comuniqué mi impresión. Se rieron al principio, pero después les pareció que su oído se rectificaba y orientaba. Nos acercamos al semirresucitado y pedimos permiso a Varinsky para oír mejor ese murmullo o sea esa voz que suponíamos hablaba en la laringe o en el pecho abierto.

Varinsky consintió a regañadientes y con cierta sonrisa de superioridad. Dijo: "No se aproximen mucho. Un solo desplazamiento de las las agujas acanaladas puede echarme todo a per-

Nos aproximamos no mucho, tímidamente.

La voz tenía un timbre raro, maravilloso y muy perdido y lejano, como si fuera de un aparato de radio donde se cuchicheara a la sordina. No era posible situarla bien, ni analizar su timbre, el más singular de los timbres en voces humanas. Permítase a mi emoción ese intento de descripción de acento tan extraño: "Aquellas palabras parecían resonar en otra cosa que en el espacio". Pero lo que llevó al colmo nuestro pasmo, fué comprobar que los nervios faciales ya funcionaban y que aquella cara de semivivo subrayaba con gestos expresivos, casi como de actor, las circunstancias del relato algo inconexo que la voz misteriosa hacía. Molins expresó que esas palabras parecían salir de un barril o de una cueva profunda.

Varinsky dijo fríamente: "A lo mejor las pinzas que tengo colocadas para cerrar los vasos y retraer los músculos y aponeurosis, están haciendo de antena, quién sabe por qué causa, y lo que ustedes oyen es una simple transmisión".

Sin duda él también oía, pero, a fuer de genuino hombre de ciencia, no le interesaba más que la resurrección del muerto, sin charlas.

Yo me acerqué más aún, para oír, y mis aficiones arqueológicas, siempre despiertas, añadieron una "franja" a la fantasía de ese momento. La misma cara antigua del muchacho movía mi mente hacia lo remoto, y me pareció que lo que oía, entrecortado y a ratos corrido, eran palabras pronunciadas en el Egipto más arcaico o en algún templo de alguna ciudad más antigua todavía, sumergida y tapada por el mar y que hacía muchos años que había rendido a la nivelación el último gramo de polvo de sus ruinas. Pero esas palabras eran recientes y nuevas como luz de un mundo que recién se revela a un ojo y que, sin embargo, estuvo oculto por lejano, para muchas generaciones extintas.

Entre paradas y jadeos, decía la voz queda: "Gracias, gracias al que golpeó en mi pecho. ¡Es una vida loca de sueños la que se ha desatado! Creo andar entre una ciudad de sombras, rota y dispersa como un astillero confuso. Tiene de lo que ya feneció y de lo que está naciendo de la muerte. Sus monumentos parecen tanto de mármol como de hueso, y están diseminados sin orden. Sólo se adivina cómo son entrando en ellos, como si la luz que los hace entrever saliera de la fosforescencia de los huesos. Es este un mundo casi obscuro, lleno de basuras y desperdicios orgánicos y de algunas cosas que parecen esqueletos de barcos, grandes carroñas de blancas costillas que se abren y se deshacen. Son como templos destartalados edificados [illegible] rar "LA VIDA" por antepasados cuya inspiración hubiera sido siempre la anatomía de hombres o animales... Un silencio penoso para mi conciencia. Por eso fueron un alivio las rayaduras y los golpes de ustedes, que sonaron en mi pecho y al mismo tiempo en las paredes de mármol. Porque en ese momento había entrado al templo cuyo exterior eran sombras. El muro en la parte que correspondía al altar mayor, semejaba una vaga faz humana, pues unas aristas de mármol negro, finas y arqueadas arriba, hacían unas inflexiones y eran como dos cejas amplias que se juntaban en un fruncimiento de pena.

"¡Ella lloraba, sin duda, por medio de la pared artística que era su máscara grande! Había también un revuelo de palomas negras que batían las alas sin ruido frente al fondo blanco del mármol. Entré en otra cripta. Las columnas en forma de senos, bajaban del techo y descansaban por sus pies, que eran finos tallos. Estos últimos parecían moverse en su interior, conservando su firmeza. Eran chorros tranquilos, inmóviles, helados. ¿Otra insinuación de ella, "la expresiva", que me tendía sus senos como a amante o a hijo?

"Mi alma busca el perdón, y perdonar por la pasión siempre enhiesta. Pero el templo ruinoso parecía abrirse a una explanada más sombría y obscura; las columnas aquí son curvas, chatas, igual que costillas pulidas por el viento y las lluvias. Camino ahora por el espinazo de esta construcción en ruinas. Una idea me asaltó: Yo era el causante de ese despojo de carne, de esta desnudez de huesos. ¡Yo el buitre asqueroso que había descarnado esas costillas! ¿Es este un lenguaje geroglífico? La alusión me pareció tan directa, que me sentí avergonzado precisamente ahora al notar que revivo con una nueva sangre activa en las venas.

¡Volver al juego amable de la vida, al amor, mientras ella abre sus costillas en la obscuridad, sin abrazos! ¿Podré?

"...Y mi amada será otra que elija, con otro nombre, y viviré con el recuerdo de la sacrificada, que quizá me perdonó.

"Sin embargo, quiero olvido... Es un bien el olvido. ¡Ja, ja, ja! Oigo una risa breve de asesino o de hiena. ¡Ojos que acechan perversos y van fosforeciendo entre los claros que dejan las costillas de mármol! Ellos sospechan, saben que alguien está ocupado en mi salvación... Y que volveré al mundo para amar a la Amante y un recuerdo... Entre las sombras, una más obscura se acerca. Veo en sus ojos firmes y fríos la voluntad de oponerse a mi despertar. Veo una punta brillante y adivino dónde golp[illegible]. ¡Que hiera, estoy sin defensa! Y no me defendería si pudiera. ¡Yo no he de matar más! ¡Dios mío, hiere sin piedad! ¡A cada uno su turno en la venganza, y el amor... a ninguno! ¡Triste destino!"

En la cara del operado se revelaron el horror y la amargura de manera punzante.

Varinsky hacía rato que estaba apurando la irrigación, porque veía en la demora mal pronóstico. Yo, sin querer, miré el corazón hinchado. De pronto, se abrió una pequeña grieta, de donde salieron gotas rojas. Fué el preludio de la gran hemorragia que llenó el pecho de sangre.

¿Fué muy grande la presión? ¿Había una falla en ese músculo cardíaco? O, desde la muerte, que esa suprema impotencia, se puede... Pero no hay que pensar en lo escuchado, en el absurdo...

Como velas que se arrían porque ya no las empuja la fresca brisa de la esperanza, las facciones, una a una, perdían color, se ceñían, se replegaban. La boca se torció como papel que se arruga por el calor; se afiló la nariz; diéronse vuelta los globos de los ojos hacia arriba; el labio superior se aplomó y pegó a los dientes, mientras la mandíbula inferior descendía. Todo él tomó el aspecto del cadáver irrevocable, imposible ya de rescatar a la muerte.

Varinsky salió con las manos en la cabeza, tentado de creer que algún poder sobrenatural había malogrado su experiencia, cosa que a veces suelen imaginar hasta los sabios cuando fracasan. Por de contado que, cuando aciertan y triunfan, todo lo atribuyen a las consecuencias naturales de su talento.



Observaciones

CUANDO deseamos una cosa, pensamos en los muchos beneficios que nos reportaría su posesión; cuando ya la hemos conseguido, en sus desventajas.

★

Todo placer queda equilibrado por un estado posterior de congoja o de languidez; es como si gastáramos este año la renta del año que viene.

★

A pesar de sus promesas, los poetas no se inmortalizan más que a sí mismos: admiramos a Homero o a Virgilio, no a Aquiles ni al piadoso Eneas.

★

La religión ha vuelto a la segunda infancia, y precisa milagros.

★

Los casamientos no son felices, porque las señoritas saben hacer redes y no hacer jaulas.

★

Sólo los hombres desdichados confiesan el poder del azar; los afortunados, todo lo atribuyen al mérito.

★

No hay quien no quiera vivir mucho, y no hay quien se resigne a ser viejo.

★

Si los libros y la legislación siguen aumentándose, nadie podrá ser erudito en el porvenir, y nadie abogado.

★

Las quejas forman el tributo más amplio que recibe el Señor y la parte más sincera de las plegarias.

★

Las diversiones de los hombres, de los niños y de los demás animales, son imitación de la guerra.

★

Leo a veces un libro con mucho agrado y aborrezco al autor.

★

A fuerza de pensados y repensados, los males imaginarios acaban por ser verdaderos. Es como descubrir fantasmas y caras en las manchas de la humedad.

★

Si no tengo buen juego, digo que están mal barajados los naipes.

★

La buena educación es el arte de hacer que todo el mundo esté cómodo.

★

Nadie tiene buenos modales en una corte.

★

Los hombres ignoran sus debilidades, pero también ignoran sus fuerzas.

★

Agradecemos un poco de ingenio en una mujer, como agradecemos dos o tres palabras en un loro.

★

¡Admirable observador! digo de un autor, cuando su opinión concuerda con la mía.

★

La fluidez de lenguaje deriva de la escasez de pensamientos y de la escasez de palabras, que no dejan lugar a la duda.

★

Hay quienes no precisan un leño para tropezar: les basta una hilacha.

★

En todos los panegíricos interviene la infusión de amapolas.

★

La memoria es la observación de los viejos.

★

El político: el hombre que nunca pierde su aplomo y nunca guarda su palabra.

★

Nadie vive en el presente; todos están por vivir en algún futuro.

★

Hay hombres que se tienen en tan poco que necesitan ser adulados; las mujeres también lo necesitan, pero por vanidad.

★

Las caras más risueñas están en los cortejos fúnebres.

★

El varón prudente pasa la segunda mitad de su vida en arrepentirse de las locuras, prejuicios y falsas opiniones contraídos en la primera.

★

El remedio estoico de satisfacer los deseos eliminándolos, es como el de cortarnos los pies, cuando precisamos zapatos.

★

El hombre joven tiene la facultad de inventar; el viejo, la de juzgar. A medida que nuestro gusto se hace difícil, tenemos menos cosas que ofrecerle — y que ofrecer a los otros.

★

Ningún hombre avisado deseó alguna vez ser más joven.

★

Todos mienten y mentir parece muy fácil y no recuerdo haber escuchado en mi vida tres mentiras bien dichas, aun en ejecutantes de fama.

Ilustración de Parpagnoli

SWIFT



EL VOLUMINOSO PROCESO

PLACIDO Castillo llegó a la Plaza del Retiro y observó la hora en el reloj de la Torre de los Ingleses. Tenía que embarcar para Rosario y el convoy iba a partir una hora más tarde.

Balanceándose sobre la plaza como marinero sobre cubierta, Plácido caminó hasta un banco. La causa de aquel balanceo era un horrible dolor: los botines le ajustaban despiadadamente.

Se sentó y abrió las piernas, afirmando los pies sobre los tacos para que descansaran los dedos; luego apretó el empeine; poco después miró para todos lados y encontrándose solo, se libró de los botines. Apenas quedó en medias, Plácido lanzó un profundo suspiro en dirección a la luna que se levantaba sobre el río como un disco de yeso.

Un aire fresco se filtraba a través de la media y movió el pie en todas direcciones. El bienestar lo hizo quedar quieto un par de minutos y el resultado fué un bostezo.

Tenía sueño. Morfeo sopló pesadamente en los párpados del hombre. Otro bostezo, de león bien comido, cundió en su boca.

Pasó un minuto y el paisaje que rodeaba a Plácido Castillo se llenó de ronquidos: dormía profundamente: sus botines estaban a un lado del banco.

Sonreía como un ángel

Evidentemente el cerebro del hombre en medias se pobló de dulces sueños. Sin duda sentiría las caricias del viento como si fueran de suaves manos de mujer. Por momentos sonreía como un angel. ¿Qué le estaría haciendo alguna traviesa beldad? ¿En qué lugar de encantamiento se encontraría, soñando bajo las estrellas?

Un hombre, de relieves de esponja, medio borrachos por la sombra, se acercó al durmiente. Sin estremecerse en lo más mínimo por los ronquidos, se agachó sobre él; luego, observando el par de botines, y viéndolos nuevos, se los encontró antes de que los perdiera el dueño.

Con tranquilidad, como si nada hubiera pasado, el hombre se alejó del lugar, llevándoselos.

El paisaje quedó quieto. La naturaleza no protestaba. Plácido Castillo aun sonreía como un angel.

No era feliz

¡Oh, engañoso espejismo de los sueños! El reloj de la Torre de los Ingleses dió una campanada. Plácido Castillo despertó sobresaltado. ¿Habría perdido el tren?

Buscó los botines. Se oyó una mala palabra. ¡No era feliz!

—¿Y qué hago ahora?, masculló el hombre entre insultos infernales.

Ebrio de indignación se puso a dar vueltas por la plaza. Buscaba sus botines en los jardines, debajo de los bancos. Pensaba que alguien se los habría escondido. Las piedritas del piso le herían las plantas de los pies. Y no tenía dinero para comprarse otros botines.

Las cosas que el hombre decía eran como para avergonzar a un coronel.

Tras múltiples búsquedas se dirigió a un agente de policía que durante su sueño se encontró en una esquina de la plaza, muy cerca suyo. Si bien era llamado vigilante, poco era lo que vigilaba. Nada había visto.

El representante de la autoridad apuntó su nombre en una libreta, la hora y circunstancias del hecho y le pidió que lo acompañara hasta la subcomisaría de Puerto Nuevo.

Plácido acompañó al agente, entonando un himno de imprecaciones. ¡Cuán duro era el suelo!

Se da comienzo al proceso por robo de un par de botines

En la comisaría el hombre en medias contrajo los músculos de la cara en un gesto de desprecio. Los de la oficina de guardia se reían de él.

Plácido hizo una exposición hasta con cierto heroísmo. Dijo en la parte que creyó fundamental: "No me molesta tanto la pérdida del par de botines como la idea de que el ladrón sea uno de esos gringos de Puerto Nuevo, siempre dispuestos a robarle a un criollo".

Firmada la denuncia, y tras la promesa por parte de las autoridades policiales de que el par de botines se encontraría, Plácido salió a la calle y empezó a meditar con más serenidad sobre lo que debía hacer.

Vagó por las calles, considerando que apenas si le sobraban tres pesos, descontando lo necesario para el pasaje a Rosario. Concluyó en que lo único posible sería comprarse un par de botines de segunda mano.

¡Maldita sea mi estrella!, dijo tomando esta resolución. Y caminó hasta las siete de la mañana, hora en que se abrió una zapatería.

El polaco Sienkiewicz

El dependiente se encontraba buscando unos botines de segunda mano. Afirmado sobre el mostrador, Plácido movía lentamente la cabeza para ambos lados.

Un hombre entró en el negocio. Caminaba como sobre cubierta. Bajo un brazo traía un par de zapatos viejos.

Le miró los pies. ¡Sus botines!

Con furia se arrojó sobre el hombre, que lo miraba con la boca abierta y rodaron los dos por el suelo.

—No se mueva. Quieto, quieto, gritaba Plácido Castillo.

—Eh, yo no habla castellano, que hace Vd., protestaba el hombre. Deja...

—La policía, llame Vd. a la policía, gritó el hombre en medias al dependiente. Ya te tengo, pájaro... ya te tengo...

Llegó apresuradamente un agente de policía. Lo primero que éste dijo fué:

—"Nadie hable hasta que yo le pregunte".

Y el polaco, llamado Pedro Sienkiewicz, fué conducido a la comisaría, incomunicado.

Iniciación del proceso judicial

Como le tocó intervenir en el proceso contra Sienkiewicz, a un juez celoso del cumplimiento del deber que le imponía el Código de Procedimientos, se formó en poco tiempo un voluminoso expediente y trascendieron, por diarios las actuaciones hasta el público, dándose comienzo a un juicio apasionante.

El celo judicial tenía la culpa de todo.

El polaco, con una entrada anterior en la policía, no podía ser excarcelado.

Su declaración indagatoria dejó en la duda a los funcionarios judiciales: expresó Sienkiewicz que, vagando la mañana en que fue detenido por las cercanías de la Plaza Británica, se encontró en un tacho de los que se usan para recolectar basuras, un flamante par de botines. No se explicó el motivo del hallazgo hasta el momento de ponérselos: eran unos botines infernales, que apretaban terriblemente, haciéndole pensar que el dueño los habría abandonado por lo dolorosos.

Deseoso de venderlos, se dirigió a una zapatería, llevando bajo el brazo los botines viejos, que se pondría apenas efectuara la operación.

Estando en el negocio, y ante su asombro, una persona visiblemente enloquecida se arrojó sobre él, siendo conducido a la comisaría, en momentos en que pensaba que la policía venía a auxiliarlo.

Reina el misterio en el proceso del par de botines

La indignación que le provocara a Plácido Castillo el hecho insólito, hizo que optara por quedarse en Buenos Aires para seguir de cerca el proceso. Le giraron dinero desde Rosario con este motivo. Aferrado a la idea de que era una vergüenza que los criollos se vieran despojados por los gringos, se decidió a trabajar para que se hiciera justicia. Enterado un diario nacionalista de la abnegación patriótica del hombre, hizo un relato sumario del hecho, exaltando las virtudes ciudadanas del dueño de un par de botines, y exigiendo en un comentario final al juez de instrucción, un sumario ejemplarizador, ya que las excursiones de los desocupados de Puerto Nuevo a la ciudad, tenían por objeto el robo y otros delitos intolerables.

Respondió al día siguiente un diario democrático haciendo la defensa del polaco y destacando la infamia de los nacionalistas, al exigir que la venganza social azotara a un pobre hombre que de acuerdo a las pruebas existentes no había robado, y que aun en ese caso era defendible, por la situación de pobreza en que había cometido un pequeño delito.

Otro diario nacionalista, al día siguiente, destacó en un título a ocho columnas el cinismo propio de comunistas con que Sienkiewicz negaba su delito, refiriéndose a la situación general de los habitantes de Puerto Nuevo y a sus saqueos, efectuados en el centro de la ciudad en las primeras horas de la mañana.

Esta polémica de los diarios conmovió a un abogado sin trabajo, decidiéndolo a defender al polaco. Se encontraba en la secretaría de Instrucción, y viendo el expediente que contenía el proceso a Sienkiewicz sobre una mesa, tuvo la peregrina idea de hojearlo: fué sorprendido: fué arrestado. ¡Violación del secreto del sumario!



Al día siguiente los diarios nacionalistas se referían al misterioso proceso del par de botines: El oro de los desocupados (no se referían expresamente al oro del Soviet) había comprado un abogado argentino, decidiéndolo a violar el secreto de un sumario.

Careo y reconstrucciones

Los diarios se embarcaron decididamente en campañas apasionadas. A menudo, mientras Sienkiewicz era conducido por los corredores del Palacio de Justicia al juzgado donde se radicaba su proceso, fué sorprendido por fogonazos de los fotógrafos de diarios, escondidos tras las columnas, con la autorización de vigilantes que deseaban salir fotografiados.

En los cafés de la ciudad se comentaban las actuaciones. La gran mayoría de las personas las encontraban ridículas. Algunas hablaban de vindicta social. Otras, más prudentes, hacían esta reflexión: "Para opinar con sensatez, sería necesario saber primero qué es lo que hay en el fondo del asunto. No se discute tanto por un par de botines".

En ese tiempo, el jefe de policía hizo un viaje a la provincia de Corrientes y se tejieron los más variados cometarios sobre el viaje. ¿Qué relación tendría el viaje con el proceso?

¿Qué habrá en el fondo del asunto?

En vista de la trascendencia que había tomado el asunto, el juez se decidió agotar la prueba.

Surgieron testigos contradictorios. Unos expresaban que transitando por la Plaza Retiro habían visto la figura borrosa de un hombre inclinada sobre Plácido Castillo, que dormía en un banco. Alguien reconoció al polaco en una rueda de presos.

Un hijo de judío, muy nacionalista, declaró que había visto a Sienkiewicz en el momento en que le desataba los botines a Plácido Castillo y se los sacaba con suma delicadeza de los pies, sin que éste se despertara. El testigo fué procesado por falso tetimonio.

El juez ordenó practicar una serie de careos que duraron veintiún días.

Cuando se tenía noticia de que el procesado debía concurrir ante el juez, los pasillos se llenaban de gente, para presenciar su paso.

Se llevaron a cabo las reconstrucciones. Docenas de fotógrafos imprimieron placas cuando en la Plaza Retiro Sienkiewicz se inclinó ante Plácido Castillo, que fingía dormir, sentado en un banco, con los botines a un lado.

Igualmente se imprimió la escena en que aparecía el polaco inclinado ante el tacho de basura.

¿Marcha de los desocupados sobre Bs. Aires?

Alrededor del proceso a Sienkiewicz se crearon intereses. Debe tenerse en cuenta que los diarios se embanderaron; cada uno siguió la marcha del asunto mediante abogados y redactores.

Cundió el pánico en Buenos Aires a raíz de una información dada por uno de los diarios que pedían la condena de Sienkiewicz. De fuentes dignas de toda fe, tenían la noticia de que los desocupados, en combinación con agitadores profesionales, iban a iniciar una marcha sobre la ciudad.

La policía intervino en Villa Desocupación, de Puerto Nuevo, efectuando allanamientos y apoderándose de folletos y varias armas.

Mientras tanto el expediente cobraba grosor. Setecientas ochenta fojas tenía en el momento en que el juez dió vista al fiscal. Habían transcurrido desde el día de la denuncia, tres meses y siete días.

Sobreseimiento provisional

Sorprendió a media población el hecho de que el fiscal se expidiera aconsejando el sobreseimiento provisional.

La verdad era que contra el detenido no existía ninguna prueba seria, y el mismo juez compartió su temperamento.

Consideraba el magistrado que nadie podía dudar que había estudiado bien el asunto, y que resultaba indiscutible que después de tres meses y medio de dedicación al análisis de pruebas y acusaciones, su opinión debía ser autorizada.

Su celo por la justicia le había impuesto la necesidad del largo estudio y se encontraba en condiciones de dictar un fallo ecuánime: las pruebas acumuladas no eran suficientes para condenar.

Sienkiewicz, de acuerdo con el Código y con la conciencia de un magistrado, debía ser absuelto en forma provisional.

Tal era su decisión.

Buscando un fósforo

Plácido Castillo, durante todo el tiempo que duró el proceso había permanecido en Buenos Aires, con el auxilio de varios giros que le fueron enviados. El fallo lo desilusionó. Salieron por su boca los insultos más desentrañados y furibundos.

¡Horroroso proceso!

Plácido, sacando la cuenta de lo que había gastado él, solamente, sumaba casi mil pesos.

Meditaba sobre el precio fabuloso de un par de botines que ajustaban, sentado en un banco de la Plaza Retiro (otro banco), cuando de improviso halló la explicación de lo que le había sucedido:

El, en cierta oportunidad gastó una caja de fósforos para encontrar un fósforo que se le había extraviado.

Tenía el temperamento de Código de Procedimientos.

POR

Gabriel Morey Otamendi

ILUSTRACION DE GEIDA

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*

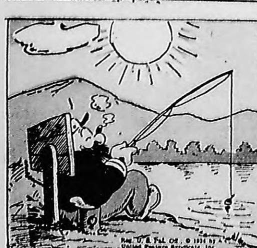


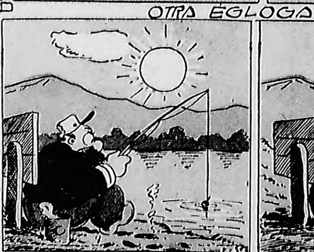






OTRA EGLOGA.









EL CUELLO SORPRESA.









LOS PASOS DEL CAPITÁN









EL LAZO



RAUL Perten salió de casa.

Había cesado la lluvia; después de la tormenta la tierra exhalaba un olor de gratitud a través de [illegible]. Entre las amarillas sendas de pedregullo, se elevaban oblicuas nubecitas de vapor y las grandes copas de las lilas se inclinaban llenas de agua y ebrias en la humedad de las hojas. Como único murmullo atravesaba el aire el lloviznar de gotitas cayentes.

Raúl Perten se había internado en la ciudad. Llegó a una estación de tranvía. El coche se vació casi completamente. El rostro de uno de los señores que descendían apareció de golpe ante Raúl y ocupó toda su atención. Raúl vió una nariz de gancho, de la que corrían muchas venitas paralelas hacia los ojos, y se perdían en un caos de líneas inarmónicas. Las orejas eran ovales, paradas, casi puntiagudas y muy blancas. "Chico", dijo este hombre. Era su tío. Se estrecharon la mano.

En ese instante, durante ese hecho que se había repetido con innumerables variaciones desde que Raúl cumplió los seis años (pues parte por casualidad, parte por un hiperbólico camote del viejo, no habían pasado un día sin verse en todo ese tiempo) en ese instante [illegible] en la indecente naturalidad de ese gesto, se operó la revolución más importante de la vida de Raúl.

Estaba ahí, el bastón sobre la punta del zapato, y ligeramente inclinado hacia arriba, la otra mano con el sobretodo y dijo como en un sueño, sin haberlo pensado un segundo: "Me ausentaré unos cuantos días, tío", y ni él mismo se sorprendió de esas palabras... y al guardarse los billetes que le alcanzaba su tío, no, al agarrarlos con tres dedos y oír que éste le pedía no faltar a la comida aquella tarde..., sintió agitado Raúl que nuevas cosas se soltaban de su pasado y se volcaban en el cauce abierto de su nuevo estado de alma.

Tomó los billetes, hizo una bola con ellos y se los metió en el bolsillo. Esperó que se fuese su tío y volvió a casa por otro camino.

Al subir las escaleras lo hizo sin darse cuenta del movimiento.

Llegó al tejado. Tomó los billetes de banco y los depositó suavemente sobre una gran tela de araña. Con un gesto que salió con naturalidad de su mano, aunque no había subido a esa parte de la casa desde su comunión, puso encima la araña de pintitas rojas. Luego se rió, bajó algunos escalones y arrodillándose de pronto, aplaudió repetidas veces con encanto.

Después buscó dinero en su aposento, preparó una valija y bajó la escalera como un trémolo.

Se detuvo en el jardín. Arrancó una ramita del manzano y jugó un instante con ella. Luego se fué. Se fué sin agitación, sin pose, sin sentimentalismo.

Se fué como quien abandona un lugar tan íntimo y por eso mismo tan lejano que es un fabuloso despilfarro mental hablar siquiera de una comedia de tristeza. Le pareció ver la sombra de su tío tras una cortina, pero eso fué tal vez un error. Llegó a la calle.

Había un farol ahí que un borracho derribó un día. Pasó frente. Continuó avanzando.

Una escuela manaba chicos y al ver que se detenían deseosos ante una panadería, compró un montón de cosas pegajosas y las desparramó entre ellos.

Sintió calor al caminar tan ligero. Pues se apuraba demasiado, no sabiendo claramente adónde iba; sabía que se alejaba nomás y esto le bastaba. Oscurecía. Flamearon faroles y vió de golpe un sombrero claro de fieltro cuya parte superior formaba una única línea, una facha canallesca y original y un rostro con un cigarrillo y tomó su gabán, llamó "amigo" a ese hombe y se lo dió. Este se inclinó sorprendido y balbuceó sus gracias. (Se llamaba Keybell y era modelo ocasional de un escultor muy joven).

Raúl continuó su camino y llegó a una columna.

Ahí se decidió su suerte.

Vió un cartel. Unas letras llamaron su atención. Su porte se volvió más rígido. Abrió las piernas, echó atrás el hombro derecho con un gesto personal e inundado por sensaciones oscuras, entró en la lluvia de una estrecha nube que se mostró de pronto en el cielo.

Pensó en una brillante paradoja que había reducido el término negativo de la pérdida del gabán a un equivalente con el positivo de una nueva fase de su yo.

Pero no lo dijo, pues le pareció que ya había pasado la época de las frases cínicas e ingeniosas. Pensó encender un cigarrillo.

No lo hizo y avanzó con el pecho henchido hacia su gran horizonte...

Hizo la travesía en la proa. Diez polacos rusos fueron sus compañeros. Le irritaba tener que atarse de tarde un paño húmedo en la nariz para evitar el olor.

Vió que debía deshacer y matar en sí todo lo aprendido hasta ahora. El paño húmedo le enseñó que era más fácil superar grandes pasiones que soportar ciertos detalles triviales.

Pero no perdió ánimo. Tres días después tomó parte como solista en una fiesta grasienta de los polacos.

Su voz de barítono le sirvió de algo y empezó a confiar en su método. Después de cinco días jugaba diariamente a la baraja con presidiarios hamburgueses que guardaban todavía el tinte descolorido de su último lugar de retiro. Sentía que iba ascendiendo. Hundirse no podía, pues no tenía esperanzas. Su porte y sus manos dejaban mucho que desear. Estudiaba el andar de los marineros. Le cayó en gracia la mala costumbre de un amigo que, a cada paso, hacía describir una curvita a su pie derecho. Unió esta nota al andar marinero y no se cayó más.

Después de haber ayudado una mañana a engrasar parte de la maquinaria, sus manos tomaron un aspecto democrático. Por mucho tiempo lo rondó un barbudo individuo de Sajonia que le contó largos relatos de miseria de aquellos que todos conocemos.

Lo escuchó apenas y le dió un par de marcos. No lo hubiera hecho, pues otros lo siguieron y después de nuevo el barbudo. Aprendió esto: tomó al perro y lo tiró escaleras abajo. Y fué respetado.

Para perfeccionar sus conocimientos, entabló relaciones en esos [illegible] con una especie zoológica cuyo nombre sólo había conocido hasta [illegible]nces. Después de dos días de cuarentena se encontró en Nueva [Y]ork. No se sintió desencantado, pero tampoco oprimido. La miró con indiferencia.

No veía porqué el mero hecho de que lo alto superaba aquí las demás dimensiones, había de oprimirlo o entusiasmarlo.

Subió a un tranvía y no se bajó hasta ver calles modestas.

Alquiló una pieza y llevó él mismo su valija. Su primera dificultad fué el idioma, pues aunque le habían enseñado en la escuela cómo se decía modestia y que la riqueza no hacía felices a los hombres, no le permitían aún sus conocimientos, sacar un pasaje de ferrocarril.

Una tarde, en el puerto, vió un chico que lloraba. No se atrevió a preguntarle porqué. Le dió su cena que tenía en la mano y se fué, al día siguiente, a Milwaukee, porque Nueva York ya lo asqueaba.

Tentó fortuna en las formas consabidas: como profesor, maestro, agente de compañía de seguros... pero inútilmente. Comprendió que esos puestos eran demasiado buscados, pues eran demasiado conocidos; adquirió un traje azul de tela y una gorra aceitosa que le vendió un negro y ofreció sus servicios como perfecto cerrajero y chauffeur. Un fabricante le preguntó: ¿Sabes construir **Milk-separators?** Respondió que era su especialidad.

Al día siguiente supo que eran maquinitas de lata con un sencillo mecanismo, arreglado de modo que la leche entraba por un lado y del otro salía la manteca.

La primera vez fabricó el mínimo de lo requerido. Continuó así por cuatro semanas. Le pagaban un dólar al día. Hacía trabajo más sólido que los otros y por eso, menos. Lo controlaron y le pagaban siete céntimos por pieza. Desde entonces llegó a ganar tres dólares al día.

Unos cuatro meses después lo despertaron de noche. Se levantó y preguntó qué ocurría. ¡Arriba, y pronto!, le dijeron.

Atravesaron la ciudad en tres camiones. Al fin olió lo que ocurría. Y lo vió luego. Un edificio enorme estaba en llamas. Le ataron alrededor del brazo un trapo con estrellas rojas. El y otros pusieron en salvo todos los objetos de valor: muebles, cajas de hierro y pianos. Algunos negros ayudaban, inspirados por golpes en las costillas.

POR

KASIMIR EDSCHMID

★

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

Le dieron cincuenta dólares. Raúl los contempló en silencio. La araña descansaba sobre una bola de papel que valía diez veces más. Es decir: para alguien solamente. No para la araña. Tampoco para él desde el punto de vista de ayer.

Guardó los cincuenta dólares con precaución y reverencia. Al amanecer del día siguiente partió para el Oeste; durante cinco días la tierra enorme se alargó ante sus ojos y rugieron las tinieblas contra las anchas ventanas. Mientras tanto, él miraba, hablaba con la gente, se afeitaba y leía.

Iba y venía por los corredores como en **"Unter den Linden"** Todo su ser respiraba una serena calma: sentía sin embargo que lo rodeaba un tumulto. Las personas que conoció en esos días le parecieron muy interesantes. Atravesó todo eso y al fin bajó del tren.

Una estaca marcaba la Estación.

Algunos indios vendían cinturones adornados con conchas. Sobre ellos se levantaba un gran cielo. Partió hacia allí durante tres días en una lenta carreta de bueyes.

Hacia el atardecer llegaron a una gran estancia y como ésta le agradó, se enganchó de peón. El propietario le dió una palmada en el hombro y le estrechó la mano. Su esposa le deseó la bienvenida con un amistoso movimiento de cabeza. La hija no lo miró. Pasó tan cerca de él, que su manga barrió el polvo de su espalda. Raúl encontró que esto correspondía a su situación. Después de reírse en su fuero interno, hizo un esfuerzo y vió que la muchacha tenía dos pesadas trenzas y llevaba erguido su cuello con un elástico desdén.

Tiene tres ideales el cow-boy: revólver, lazo y pañuelo de seda. Para todo lo demás son unas bestias. Empezar por el lazo de soga, pasar por el de cuero y llegar al de seda: he aquí la carrera ascendente de un cow-boy. Pero hay algo aún más espléndido. Es el lazo trenzado de cerda. Apesar de que éste es el deseo de su vida, casi nunca lo alcanza el peón, pues bebe y tira demasiado. Pues renunciar durante uno o dos años a cotidianos deseos triviales, para satisfacer el fervor de una existencia, es algo mucho más complicado que la última conclusión de la ciencia o el afrontar la muerte con valentía.

La hija del propietario, sin embargo, poseía un tal lazo. Helena se enorgullecía, y mírenlo bien: anchos anillos de plata interrumpían su curso.

Los otros peones llegaron después que Raúl, se apearon y lo saludaron. Algunos le dieron la mano y uno se sacó el sombrero y dijo con un rápido torcimiento de las caderas: "Heinz, barón de Kladern. Aquí sin embargo me dan muy pocas veces el título". Los otros miraron estúpidamente, porque lo dijo en alemán.

Le gustó a Raúl lo original de la situación, pero no le cayó en gracia esta confesión semi-humorística del fracaso de una vida. Se hizo amigo de Jim, un lindo muchacho. Se dijo que había llegado con mucha rapidez a la altura de éste. Tenía fuerza y claridad en los ojos, que siempre parecían listos a tomar algo a las cosas y especialmente al cielo.

A la mañana siguiente Raúl odió al barón. No estaba acostumbrado a montar en pelo. El barón sacó la bala de un cartucho, puso dentro un pedazo de jabón, y lo disparó contra el vientre del caballo. La bestia voló en los aires como una fuente abierta y Raúl se encontró aturdido en tierra. Apretó los puños de rabia, pero los abrió de nuevo y serenó el rostro. Sabía que en pocos días sería mejor jinete que el barón y saludó esto como un nuevo problema que resolver.

Pero como se habían reído los otros y esto era malo, pidió al barón que se alejara unos veinte pasos con una botella en su brazo extendido. Negóse aquél. Jim se despojó de su guante de cuero y la tuvo, y Raúl hizo saltar el gollete de un balazo. Y nadie se rió.

Medio año después encontró un libro a dos millas de la estancia. Lo levantó. Longfellow: Hiawatha...

Helena estaba ante la casa y se ataba las trenzas. Raúl olvidó su situación, y contra su voluntad y sin darse cuenta, renacieron en él muchas formas muertas y le dijo que había encontrado el libro que él había leído de chico y que se lo traía, pues creía que sólo a ella podía pertenecerle y temía que ella hubiera sufrido especialmente esa pérdida. Y aquí estaba.

Luego descubrió en su cambiado semblante y en su estupor apenas contenido, que había caído en su antiguo yo. Notó que se irritaba, vió cómo ella levantaba su mirada. Sintió que esta mirada recorrió su cuerpo, lenta y cruel, como azogue, hasta encontrar la dirección de sus ojos. Entonces ella dijo: "Gracias".

Raúl pasó semanas sin acercarse a la casa. De noche, al dormir con los otros al aire libre, daba vueltas sobre la hierba y se despertaba a cada instante.

Otras veces se emborrachaba.

Pero ella vino hacia él. Vino como señora y esto le agradó. Vino amistosamente y él no sabía en qué tono debía responderle. Mas ella lo tomó a su modo, lo alentó, lo hizo hablar de Europa y defendió en cambio a Wáshington, donde había pasado dos años como pupila. Le dijo que ella hablaba francés y él respondió que también, todo esto sin que ella le preguntase quién era, confiándole a veces pequeños encargos. Raúl se atormentaba sobre lo incierto de sus relaciones que vibraban entre una confianza que sentía no haber merecido y el peligro de ser puesto a un lado.

Y llegó un día en que ella le aclaró el asunto, azotándole con su orgullo como con un látigo. Ella había encontrado en su tropilla una yegua baya de hermosas formas. Quiso enlazarla, pero erró el golpe y fué Raúl el que la agarró con su lazo de soga. Regocijóse primero, golpeó el aterciopelado cuello del animal y pareció agradecida, hasta que más tarde se cavó una arruga en su frente y le tiró su lazo con un gest altanero, diciendo con voz aguda: "Guárselo nomás. Ya no me conviene".

Por primera vez desde su adolescencia sintió Raúl que una roja agitación cubrió su rostro y sin alargar la mano hacia la cuerda se dió vuelta y picó silencioso su caballo.

En ese entonces vino a la estancia un pariente del propietario, oriundo de Inglaterra. Había tenido negocios en Nueva York y quiso visitar el Oeste. Pensaba pasar ahí un par de semanas, pero a los pocos días cayó gravemente enfermo. Los remedios caseros fallaron. Raúl y Jim arrancaron una caña del matorral y pasaron veinticuatro horas a caballo. Volvieron luego. Traían al médico en un tercer caballo y pendiente en la caña, entre los dos, la caja de remedios.

La enfermedad sin embargo no resultó grave.

Yendo al corral se encontró Raúl con Helena. Ella lo había esperado probablemente. Estaba muy pálida y pareció querer pasar a su lado sin una palabra. Se detuvo sin embargo y dijo con voz tan forzada que la desesperación lloraba en cada vocal y silbaba en cada consonante con una frialdad que delataba su enojo: que el barón había aprovechado su ausencia para ultrajarla una noche...

Se interrumpió, pues sentía que ella misma ignoraba exactamente lo que quería. Tartamudeó que su padre haría azotar al barón... pero... no... eso ella no podía decírselo. Raúl comprendió que la irritaba humillarse así ante su padre y que consideraba su orgullo avergonzado por la sola posibilidad de un suceso tal. Raúl sin embargo ni manifestó su asombro ni le preguntó qué intención tenía al confiarle su secreto.

Provocó una discusión, lanzó su lazo sobre Kladern y lo arrastró detrás del caballo. Desde entonces esperó todo. La misma tarde sintió un tiro y una bala. Dos días después, iba a caballo hacia un matorral. Sonó un tiro. La bala se estrelló en su silla. Le rozó el muslo. A pesar de su dolor buscó por todo el matorral, sin encontrar nada. Pero presentía que se acercaba el fin.

Esa misma noche tomó lápiz y papel y escribió a su tío, disculpándose por no haberle escrito antes, pues había estado muy ocupado, y tenía la intención de seguir viajando. Añadió que, momentáneamente al menos, se encontraba en América, pero que su lugar de estadía podía cambiar en cualquier momento. Dijo que no necesitaba nada, pero que le pedía como un favor subiese al último piso, fuese a la tercer ventana, sacase la bola de papel en la red, sin matar la araña, y enviase su valor a su amigo Jim.

Jim era un hombre encantador, un gourmet y quería dirigir un hotel en la pampa. Probablemente se decidiría el tío a visitar alguna vez la comarca. Solamente no encontraría ahí (¿pero quién sabe?) a su sobrino Raúl...

Al amanecer fué a ver los caballos. De nuevo se encontró con Helena. La víspera había recurrido al botiquín para curar su herida. Quizás lo notara ella.

Tenía un aire decidido y angustiado "¿Adónde"? Raúl respondió con un gesto vago, indicando la lejanía. Y ella habló: "Sí, yo pensaba decirle, Vd. irá hoy en mi caballo. No quiero salir hoy, para que no se desacostumbre la yegua y además... ¿Vd. podría llevar también mi lazo?"

Raúl vaciló. Ella: "Se lo ruego".

Raúl salió a galope de la estancia. La yegua de Helena era la mejor del país. ¡Qué liviano era el lazo!

Lo esperaba inquieto el barón. Galoparon persiguiéndose alrededor de una gran tropilla de caballos. Las bestias jadeantes saltaban en espesos cuños entre ambos.

No podían hacer fuego. Los lazos azotaban el aire.

De golpe se abrió un camino entre ellos. Lo atravesó el barón. Raúl sintió correr la sangre en sus piernas bajo la opresión del lazo que rodeó su pecho. Golpeó el suelo como un fardo.

Sólo a partir de los codos le era posible mover los brazos. Le bastó. Antes que lo arrastraran, apuntó, levantó la rodilla, lanzó un grito y atravesó de un balazo la cabeza de Heinz, barón de Kladern.

Se incorporó después en el pasto y cerró las piernas. Este era un duelo según la usanza del país. Comprendió la intención de Helena al prestarle lazo y caballo.

Sería de nuevo muy rico. ¡Bah! Pero Helena lo esperaría cuando él se dirigiese al Sur.

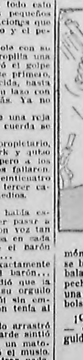
Y era bella, era desdeñosa. Y además: él creía quererla. Pero le pareció que había llegado al punto de partida. Ningún firmamento extendería sobre él su nocturna atracción. El firmamento sería un muro y una cárcel. La vida no le ofrecería dificultades que vencer. Comprendió en un segundo angustioso que estaba perdido para esta vida y sus exigencias, pues había empezado en un fin y que sólo un incentivo sería eternamente atrayente para él: Lanzarse más alto y siempre subir, y eso no era posible sino de [illegible]. Sintió dolor al pensar que debería privarse de Helena y soportar su amor y su deseo.

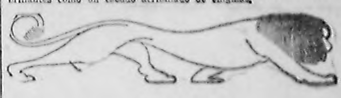
La cabellera, el cuello y la palidez, ¡oh, ante todo la palidez que había cubierto su agitación y su orgullo!...

Cerró los ojos con pena y largo rato tuvo bajos los párpados. Al fin se levantó.

Golpeó las ancas de la yegua y ésta corrió sola y jadeante hacia la estancia.

Presintió entonces que desde aquel instante en el que proyectaba ese dolor sobre su existencia, no temería jamás lo pasado y lo doliente. Luego dudó si todo esto tan difícil de atravesar no fuese más que una serie de escalones repitiéndose en el entusiasmo y la fatiga. Dejó esas dudas, [illegible], enlazó un potro con el lazo de Helena, lo domó y saltó encima. El lazo estaba tejido con cerda blanca y oscura y ceñido por anillos de plata. Raúl Perten galopó hacia el Norte. Y galopó y lanzó de pronto sus brazos en alto cual si siguiera la rítmica oscilación de un trapecio sin fin y arrojó el lazo de sus manos en elipses sucesivas... y galopó hacia un trozo de cielo que penetraba como un triángulo azul entre dos cumbres y sobre el cual se abría un horizonte enorme, lleno de eternidad y girando en cúpulas brillantes como un escudo acribillado de enigmas.





5 Anécdotas

LOS baratijeros Mosche y Daniel se encontraron en la mitad de la mitad de la gran llanura de Rusia.

—¿A dónde vas, Daniel? — dijo el uno.

—A Sebastopol — dijo el otro.

Entonces Mosche lo miró fijo y dictaminó:

—Mientes, Daniel. Me respondes que vas a Sebastopol para que yo piense que vas a Nijni-Novgórod, pero lo cierto es que vas realmente a Sebastopol. ¡Mientes, Daniel!

★

Cerca de cien años han transcurrido desde aquella hermosa mañana en que un señor Salomón Strauss y Enrique Heine se batieron en duelo. La primer bala, la de Strauss, dió en el pecho a Heine, pero la desvió una cartera que había en un bolsillo interior.

¡Qué dinero bien colocado! — dijo Enrique Heine en seguida, tirando al aire.



Del Rosario nos viene el cuento de una criada que se jactaba de sus fuerzas en el lustrado de pisos. Parece que cuando empezó a trabajar en el estudio de un fotógrafo, los pisos eran "algo feroz", para usar sus propias palabras. "Pero, desde que yo los lustr[o]" — añadió con soberbia — "[ya] se han caído tres señoras".

★

En la Escuela Naval de Newport se refiere el caso de un guardiamarina al que dieron diez días de licencia para su luna de miel. En la tarde del décimo día, mandó a su jefe el telegrama siguiente: "Este sitio es maravilloso pido me concedan diez días más de permiso". Le contestaron así: "Cualquier sitio es maravilloso; vuelva al barco".

★

Una señorita, acercándose al voluminoso G. K. Chesterton, exclamó: "Oh Mr. Chesterton, qué maravilla ser célebre, donde quiera que vaya, la gente sabe quién es usted".

El gran hombre movió la cabeza: "Si no lo saben — dijo desconsoladamente — lo preguntan".



La Muchacha del Candelabro

POR

ISABEL ALONSO DEYRA

■

ILUSTRACION DE ROJAS

JERONIMO Huarte saboreaba a tragos de buen bebedor su segundo copetín. Los ojos, sin asirse de veras a una pantorilla o a un perfil, llevaban a cada muchacha que pasaba tras los vidrios hasta la columna que hacía límite a su visión, acompañándolas buenamente, sin que el piropo, a la par del frío, mordisqueara los cachetes encendidos con polvos de color de mandarina. Era un hombre bien hecho que se había visto muchas veces vibrando en curva de ala sobre la garrocha, con su poco de ceniza en las sienes y algunos tajos de arrugas, no muchos pero bien hondos, así como los marca el desencanto cuando ha llagado la entraña. Un tipo de esos que hacen que las mujeres olviden el mundo de abalorios de Hollywood aun en la más cinesca de nuestras calles; de esos a quienes las extranjeras de paso que vienen buscando al gaucho comparan mentalmente al señor de Mañara, el desenfadado fantasma que es agente sevillano de turismo; de esos de estampa genuina que justifican el alarde del carillón del Concejo al tirar, cada quince minutos, piedrecitas con música sobre los trajinantes del pan y del oro para hacerlos mirar hacia arriba y recordarles un nombre hecho de viento de río y sol querendón de pampa: Buenos Aires.

Esa mañana tenía Jerónimo alma de niño comedido, de niño capaz de llevar paquetes, o lustrar zapatos o conducir a un ciego a través de la jungla de bocinazos de la Avenida. Acababa de desembarcar después de un crucero caprichoso en el que hundiera bellamente tres años y casi todo su dinero. Una vendedora de diarios, mujer de pueblo, de gruesa garganta atenaceada de afonía lo enemistó un instante con la ciudad y, por contraste, le trajo en visiones cortadas como cartones iluminados dispuestos en mazo, imágenes pretéritas de regalía y dulzura. La casa de las afueras, donde había un frutal por cada retoño del viejo Huarte que tuvo diez y sobrevivió a los diez; los arcones coloniales, gala del anciano investigador; el brasero calado con su montículo redondo semejante a un solideo de llamas; la perraza de Saula, fina y elástica, demasiado aficionada al populacho, amamantando en la vereda sus cachorros ordinarios.

Luego la muerte que se detuvo a descansar bajo los higuerones, a refrescarse con rocío el esqueleto ardido. La muerte que se halló cómoda —feliz acaso— mirando el cercado de cabezas en torno al circo de la lámpara como una corona de rosas trenzadas ciñendo un estanque de magia, y porque la herrumbre no le taraceara la cuchilla de la guadaña empezó una siega de treguas cortas que duró siete años. Cuando siguió camino, sólo dos amapolas quedaron sobre el campo desnudo y negro. Una cárdena, con tono doloroso de magulladura de carne, y otra en botón, albescente. De los hijos, Saula; de los nietos, este Jerónimo que aun travesceaba con Aladino apenas se dormía. Siguió después el internado, —¡oh, aquellos recreos de hormiguero inactivo, en patios cubiertos!— la tristura de muchas horas huecas, el estudio intenso, el título, el viaje... Ahora, el regreso. Un regreso que era como una partida a fuerza de estar cargado de sueños insatisfechos, de esbozos irreales de aventura, de hambre de ver.

La última carta de Saula lo alcanzó en Bahía. Le contaba por lo menudo asuntos económicos que interesaban a ambos. La venta de la tierra lindera a la finca, sugería comentarios agudos a la señora que, veinte años atrás, había encerrado su viudez lozana para consagrarse al recuerdo con devoción de oficiante.

"No vuelvas solo —añadía—. La casa está llena de mi otoño. Necesita risas en los cuatro rincones de cada cuarto. Además —recién te lo digo— está sellada. No podía dar un paso frente a aquellos espejos, a aquellas estampas humedecidas de soledad. Desde que te fuiste vivo en la casita que fué del jardinero".

Sonreía Jerónimo al repetirse por lo bajo:

—"No vuelvas solo". Por lo mismo que traía en el espíritu cosas de muchas mujeres, no tuvo tiempo ni voluntad para dedicarse a la búsqueda de la mujer de toda la vida. Por otra parte, ahora lo preocupaba con insistencia la idea de enfrentarse con el trabajo productivo. Y estaba construyendo "in mente" una grúa gigantesca y llegaba al coronamiento —un fardo abrazado de cordeles subía ya— cuando cayó entre los escombros de su obra bajo el abrazo atlético de Julio Rivas. Peligraron el sifón, la botella, los platillos... Y apenas pudieron respirar luego de la atropellada emotiva, se enzarzaron en una charla vivaz, despareja, con saltos de risa y alguna cuestecilla de ironía.

Sin decírselo, uno a otro se hallaron madurados, juzgando el acierto por el empeño en recordar.

—¿Te acuerdas de Granero? Lo encontré en California convertido en exportador de toronjas...

—Lo de Lucio Morra fué trágico. Se casó con una cincuentona que lo domina.

—¡Carambita! — como dicen por el trópico... ¿Y el viejo Alsen, el anticuario de Suipacha?

—No le ha pasado un día. Sigue encaramado en la tarima con su gorro de terciopelo y sus pantuflas bordadas, revisando con la lupa los corales, las cajillas de ébano, las rajaduras de las porcelanas.

—¿Y la muchacha, che?

—La he visto de lejos. Idéntica. Más helada parece.

—¿Querrás creer que la recordé?

—No me extraña. Siendo un sentimental y después de aquella barrabasada...

—Una tarde, —era en el mar de Danzig— pasó peleando a todo trapo con el viento una barcaza que volvía de recoger las salmoneras. Hombres de rostros fruncidos se torcían o curvaban en esa faena bruta como ninguna. Con los brazos en cruz sobre la vela central, al pie del palo, se guarecía una mujer tocada con un pañuelo amarillo, mirando con fijeza hacia las lejanías turbias donde galopaba el vendaval. Su perfil, su actitud extática, no sé... Pero por un buen rato mis ojos clavaron en su lugar a la huraña...

Cuando el amigo se despidió no sin esbozar antes un plan de trabajo en sociedad, plan que contenía hasta cifras y tantos por ciento, Huarte dióse a reconstruir estampas de antes con esa fiebre repentina que lo había animado muchas veces en sus andanzas, cuando revolviendo por distracción en las tiendecitas de los chamarileros encontraba algo que tenía por muy suyo como un objeto de tiento o de plata americana.

Paseaba por Suipacha una mañana de holganza y al enfrentar la vidriera lo atrajo la perfección de unas manos que plegaban un rombo de felpa del color granate almandino para acomodar sobre él un crucifijo y un breviario abierto en la página postrera de Passio con su Gólgota miniado y pavoroso.

Iban y venían sobre los primores dispuestos en rampas y descansillos, pero la dueña no se veía, oculta por las cortinas. Eran manos delgadas, aéreas, místicas. Dignas de imaginarlas taladradas por clavos de martillo o esparciendo claridad sobre un cesto de panes en claustro de leprosería. Jerónimo quedó pasmado, viéndolas un rato largo después que desaparecieron. Tres días seguidos, a la misma hora —hora de arreglar vidrieras— se dió esa cita de belleza y encantamiento. Anotó un hecho curioso. Mariposeaban la diestra y la siniestra del embrujo, tocándolo todo, moviéndolo todo, menos un candelabro de cinco arandelas como copas de lirio. Para acomodarlo según un sentido estético personalísimo, lo empujaban con una regla de acero o bien lo alzaban con una tenaza ajustada a uno de los tallos metálicos. Recién entonces se le antojó al mirón ver la cara de la mujer, extravagante de fijo. Entró.

Desde su alto taburete el anticuario Alsen lo inspeccionó por encima de los anteojos.

—Señorita Mauricia — dijo llamando.

—Y una señorita pálida, alta, de cabellos nazarenos y ancha ojera azul apareció en la puerta de la trastienda y acercóse al mostrador, bajando los ojos al preguntar:

—¿Deseaba el señor?

—Aquel nargullé. — Señalaba un estante alto para darse el gusto de verla trepar la escalerilla. La muchacha quedó un instante alzada sobre el abigarramiento polícromo de las vitrinas y al alzar los brazos se dibujó estatuaria bajo el guardapolvo castaño de ancha guarda búlgara.

Huarte, intrigado ya, remiró la pipa y opinó disimulando: —De cerca pierde mucho, ¿verdad? A ver... ¡muéstreme el candelabro de la vidriera!

La señorita Mauricia vaciló un instante. Luego sacó de un cajoncito la tenaza de marras. Jerónimo sonreía en la espera dispuesto a llevar adelante su broma.

—¿Quiere colocarlo sobre la repisa?

—En aquel mármol...

—Junto al cofre.

La tenaza llevó y trajo el candelabro a capricho del comprador impertinente.

—Tómelo usted. Quiero verlo en su mano.

Un destello de rabia atizó la llama de las pupilas donde ardieron duelos lejanos.

—¿Es una burla, señor?

La respuesta se vino, punzada de despecho:

—Es un pedido de artista y siempre tuve a esta casa por casa de arte. Creí que quien la atiende...

El tono agrio, trasunto de enojo, era una irreverencia en aquel sitio de silencio, limbo transparente donde flotaba el alma antañona de las cosas. Extrañado, el viejo Alsen dejó la lupa. La señorita Mauricia hizo un gesto de impotencia.

—Perdón. No sabe cuánto mal me hace. Vuelva mañana, se lo ruego, y... ya no estaré aquí para negarme. Habrá otra más complaciente en mi lugar...

Palideció tanto que hasta los labios le emblanquecieron. Por un momento el porfiado no supo si los ojos negreaban con vida en ese rostro sin color o en la mascarilla nipona del escaparate. Se quedó cortado, con la certeza de que acababa de cometer una imprudencia sin disculpa, de que había pretendido entrar como salteador de una capilla, al espíritu adolorido de la mujer. Reaccionó con esfuerzo visible. Dió algunos pasos hacia la tarima del anticuario y a tiempo que echaba mano a la cartera decía con sonrisa difícil:

—¡Abuelo Alsen! Su empleada parece su heredera. Defiende bien los precios...

—Es casi mi hija — comentó el viejecito con cierta jovialidad, ya tranquilizado.

Y fué así cómo sin esperarlo, la tía Saula recibió de regalo un candelabro de cinco tallos y cinco arandelas de copas de lirio.

Remozada la emoción por el recuerdo, una idea le quitó deleite al sabor de los últimos sorbos del copetín. Jerónimo Huarte quiso distraerse, zafarse de la tiranía del garfio que lo anclaba. Llamó al mozo, pagó y salió seguro de reconquistarse.

—Verla, verla, verla.

Con fingida serenidad quiso pasar de largo frente a la tienda del anticuario. Había más valores en las vidrieras ampliadas y en la de la derecha, en calado artístico sobre una placa patinada un nombre agridulce — el de ella — y, debajo, esta palabra: Decoraciones. ¡Novedad de novedades! Se llevó la mano a la corbata, sacudió una motita invisible de la solapa y entró.

★

Un coche corría por el camino retorciendo una trenza de polvo blanco como una cola de saurio. Sombras de eucaliptus altísimos le rayaban el techo y cortaban de soslayo anchas bandas del tapizado rojo del interior. De la cuneta, en avance fachendoso, salían en profusión plantas de ciénaga marcando la orilla que el viento rizaba levemente. A uno y otro lado, bajo el copón invertido del cielo verdeabo campo. Cañaverales ralos, ombúes diseminados, cuadrilongos de tierra negra, grupos de astados pestañudos y babeantes — la vaca rojiza con el ternerito al pie — lentos, quietos casi, como si estuvieran sirviendo de modelo para un anuncio industrial. A lo lejos, en isla de alfalfa, la torre de un molino.

Mauricia, arrellanada en el asiento paladeaba igual que un calmante la beatitud del paisaje tan remoto en su visión habitual. Se analizaba irritándose consigo misma. Dos mujeres íbanle urdiendo extrañamente la vida. Dos mujeres, entre sí enemigas, agazapadas en su conciencia. Una, la que se miraba al espejo, la que sabía sonreir a cara descubierta. Otra, la encapuzada, la trágica, de voz oleosa que se anticipaba a dar su juicio en cada duda, la vencedora. Oyéndolas estaba.

—¿Dónde vas? ¡Vuelve antes que sea tarde!

—Ve. No la escuches. ¡Defiéndeme! Las cadenas pesan y duelen.

La muchacha inquieta apretaba los párpados. El coche gris se hartaba de camino. Un hombre le oreó el rostro con una imagen de infancia: Olivos. Pasó...

Esa mañana había hallado sobre el escritorio de Alsen una tarjeta con un pedido lacónico.

—¿Irá usted? — interrogó el viejecito con cautela, temeroso de dañarla.

—Iré, señor Alsen.

—Y yo que creí... En fin... ¡Brava raza de mujeres la suya!

Recogió ella unos retales de moaré, algunos bronces de antemano separados, el bolso de minúsculas herramientas. Lo acomodó todo en una valija, y partió con la helada sonrisa de siempre. Tenía la sensación de que había corrido mucho, preparándose para dar un gran salto, y se hallaba frente a una muralla que hacía inútil tanta energía acumulada.

Jerónimo Huarte había llegado a ser el amigo de todos los días en la tiendecita, con cuyo dueño conversaba de épocas y estilos analizando cacharros y grabados. A veces, discutían el arquitecto y el anticuario al disentir juzgando un parecido o un motivo no muy puro.

—Señorita Mauricia, desempate usted. Y la señorita Mauricia con seso, con seguridad de entendido, desvanecía errores dibujando con trazo elegante las líneas básicas de una decoración o una forma.

—¡Admirable colaboradora!

Aficionada sólo. Mi abuelo era profesor de la materia en Moscú.

Insensiblemente se acercaron. La actitud de Huarte dijo a las claras su sentimiento, pero la muchacha se obstinó en clavar los ojos sobre su mano perfecta. (La encapuzada triunfaba...) Cruzaron un invierno y se vino la primavera. Menudeó el arquitecto sus compras y un buen día anunció:

—Felicíteme, amiga. Haga sonar todos los "gongs" chinos de que disponga. ¡Me caso!

La mujer se apoyó en una consola y recogió las uñas para clavárselas en la palma.

—Mi enhorabuena —pudo decir con los labios tan blancos como aquel día. Pero se rehizo un poco al oírle que aun la necesitaba que su cuarto de trabajo tenía que ser arreglado por ella, porque la novia bonita confundiría posiblemente el mozárabe con el renacentista o haría alternar un talavera con un barro inca. Burlábase, cariñoso, perdonando en gracia a quién sabe qué hechizos. .

Ahora iba allá, a la casa de los Huarte. Se angostaba el camino Aumentaban los sembrados y, de trecho en trecho, colinas de paja secábanse al sol. Sobre el suelo, en filas rectas, eran como un augurio las caras de nodrizas de los repollos blancos. Al iniciar una curva negrearon troncos y reverdeció un minarete vestido de hiedras. El coche se detuvo y el acento bondadoso de Saula le dió la bienvenida desde el umbral.

La habitación elegida para gabinete de trabajo estaba admirablemente orientada. Una ventana al naciente, atalaya sobre el río pintado con verde de saucedas en diminutas penínsulas y con blanco crudo de lona en las velas viajeras. Otra al poniente, más baja de alféizar, para ver hasta el último destello del maravilloso hundimiento de la catedral de la tarde. La muchacha estudiaba minuciosamente los efectos de luz, midiendo proporciones, combinando tonos. La frente íbasele velando de sombra que apenas atenuaban los aciertos: plata sobre terciopelos litúrgicos, bronce sobre fondos de rosa viejo. Trabajaba con fiebre deseando terminar y, de golpe arrepentida, alargaba los toques finales acariciando con mimo las telas replegadas en los vanos. La tía Saula entró varias veces de puntillas.

—¡Soberbio! No parece sino que va a ocurrir aquí algo grandioso —repetía viendo el cambio de escena. Y la tristeza de la otra se desleía en un sonreir.

—¿Es hermosa la novia? —preguntó con trabajo a tiempo que recogía en un cartucho clavitos esparcidos.

La tía se sorprendió un tanto agitando los brazos como si le pidieran limosna y no supiera o no tuviera qué dar. Aventuró:

—No más que Vd., hija.

Se dió vuelta y se fué renegando para sus adentros de la ocurrencia del sobrino.

Sobre el ancho pupitre, junto a los estuches de los compases un jarrón azul destacaba su línea purísima.

—Flores amarillas. Ramas largas, con aspecto silvestre. Retamas. Eso es... —pensaba la decoradora. Las había visto al atravesar el jardincito y las pidió. Acomodándolas estaba cuando entró sin ruido Jerónimo Huarte.

Los últimos resplandores del atardecer vertían polvo de cobre en los cabellos nazarenos y enriquecían con largas gotas de oro los cristales y el metal.

—¡Terminado! —La voz de continuo dulce se trizaba en un desgarramiento íntimo.

—Algo falta, mi amiga. ¿Dónde ponemos esto?

Se volvió con sobresalto y quedó sin palabra. Sobre la mesita Jerónimo había encendido el candelabro, y las cinco llamas temblonas que pintaban las caras en amarillo y negro los separaban con el presagio de sus lenguas de fuego. Era llegada la hora de la verdad y de la purificación. La muchacha galana le gritaba desde el fondo del alma:

—¡Habla!

Los dedos helados de la encapuzada le enfriaban los labios.

—¡Calla!

Mirándola, sólo mirándola, el hombre decidió la porfía.

—Usted espera la explicación que no he dado a nadie. ¡Bien! Será mi presente de boda.

Y desenvolvió ante sus ojos la visión de la casa rural de los Krasin, donde ella y Lisa, la hermana, empezaban la adolescencia. Una, sobre los libros del abuelo. Otra, soñando con el teclado. Fué un anochecer de octubre en que se quejaban largamente las vigas y llovía con desconsuelo. Estaban, por rara coincidencia, solas, y distanciadas en la práctica de sus aficiones. De pronto, un grito quebró la espiral de una balada allá en el piso bajo. Alzó el candelabro que ardía bajo una imagen y se asomó al rellano de la escalera sosteniéndolo a la altura de la cabeza. Vió entonces lo inenarrable... La capa del comisario... —aquí un nombre erizado de efes— parecía un murciélago persiguiendo a Lisa enloquecida. Tembló como si estuviera desnuda en la nieve y la fatalidad —o Dios— le abrió la mano. Se oyó un golpe distinto, seco. Luego, el silencio total. Cuando pudo bajar, aun era presa del espanto. Extrañamente blanco yacía el miserable. Tenía una estrella de sangre en la sien amoratada que la hipnotizó. Lentamente fué acercando y tiñó de rojo sus yemas cándidas. Secó aquella sangre el aire de sus palabras diciendo la promesa infantil y absurda:

—¡No tocaré otro jamás!

Todo cayó en el pasado. Influyentes los suyos, mal conceptuado el otro, se habló con verdad de defensa propia. Algunas aldeanas que advertían en sus nietos vagabundos los rasgos del maldito, se acercaron para besarle la orla del vestido como a las zarinas de las leyendas populares. Se casó Lisa y murió el abuelo.

—Yo seguía viendo la mancha fatídica. Y me eché al mundo como si para ello se necesitara menos valor que para echarse en la muerte...

—Mauricia... Sintió que le estrechaban la mano y, atolondrada, respondió a su presión. El hombre dijo entonces las dos palabras inmortales...

—¿Y la novia bonita? ¡Pregúntale! —rugía la mujer del capuz, borrosa ya.

—No preguntes. Es la dicha que pasa. Entrégate —aconsejaba a flor de corazón la otra, más donosa que nunca.

—La mancha... —insistió trémula.

—¡Se borrará cuando laves el primer pañal de nuestro hijo!

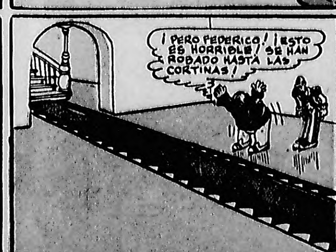
En la noche naciente se oyó una ilusoria alba de gallos. La señorita Mauricia, sin vacilar, alzó el candelabro para mostrarle al amor un rostro nuevo, el rostro de la muchacha del espejo. Y el hielo se fundió en la llama humana. Infierno y gloria...

El Nuevo Rico  por H. Rodriguez



¡SEÑOR! ¡HAN DESAPARECIDO SUS MEJORES ALHAJAS!
¡UIIIPPP!











Muerte Encerrada



POR

CARLOS PEREZ RUIZ

Ilustración de Sorazábal

LAS autoridades de Scotland Yard se hallaban verdaderamente perplejas y desorientadas, pues la solución del asesinatosinato cometido en la persona de Silas Merk, aparecía cada vez menos probable.

El hecho, cometido en una ciudad del norte de Inglaterra, hallábase rodeado de circunstancias excepcionalmente misteriosas e inexplicables y aunque la pesquisa se había encomendado al inspector Allan Gray, uno de los policías más afamados de la repartición londinense, poco o nada había avanzado por el camino del esclarecimiento.

Parecía como si el criminal se hubiese propuesto no sólo conseguir su propósito de eliminar a la víctima con el máximo de impunidad, sino también realizar uno de esos crímenes denominados perfectos y cuya investigación podía significar para el encargado de la misma, tanto un ascenso en su carrera como un estacionamiento o una postergación "sine die", según fuera el resultado de la pesquisa.

Sin necesidad de recurrir a los archivos policiales, ya que cualquier diario de la época llenó páginas enteras con informaciones y notas gráficas del crimen, voy a relatar los pormenores de este asunto, que creo bien merece la pena de ser exhumado, ya que en los veinte años transcurridos desde entonces, más de una persona habrá podido olvidarlo, o al menos no recordar muchos de sus detalles principales.

★

La casa de pensión de la Sra. Wollen, era indudablemente de tercera categoría no sólo por la escasa comodidad que ofrecía a sus ocupantes, sino también por la posición económica y social de éstos. En la época en que se desarrollaron estos sucesos, se oía con frecuencia refunfuñar a la Sra. Wollen no sólo por el escaso número de sus pensionistas, sino también por la falta de puntualidad con que cumplían sus obligaciones de fin de mes. Una sola excepción hacía a este respecto con Silas Merck, anciano ocupante de la habitación tercera del primer piso, el que no sólo pagaba puntualmente su pensión, sino que era un modelo de regularidad y exactitud en sus hábitos y quehaceres.

Es cierto que se murmuraba acerca del origen de sus riquezas y se sabía que no sólo era prestamista a porcentajes elevados, sino que estaba en relación comercial con ladrones y gente de mal vivir, pero como sólo atendía a su clientela en su pequeño y sórdido escritorio de West Street, ello no tenía porqué preocupar a la Sra. Wollen en su carácter de dueña de la casa de pensión.

Otro de los ocupantes, era Henry Foster, empleado de la administración pública de poca categoría y a quien el sueldo no le alcanzaba lo suficiente como para merecer los elogios de la dueña de casa.

Ralph Webster, desempeñaba un cargo subalterno en la policía local y si bien era bastante puntual en sus pagos, no lo era en la observación de los horarios establecidos, con cierta rigidez, por la Sra. Wollen debido — según su inveterada disculpa — a recargos de servicio en horas extraordinarias.

Violet Collins, otra de las pensionistas, dormía durante las horas del día y su trabajo comenzaba al caer la noche. Se decía que estaba contratada como bailarina en un "music-hall" de los suburbios, pero ni ello ni sus costumbres preocupaban demasiado a la dueña de casa.

Las tareas de servicio estaban a cargo de Mollie Smith, mujer de edad indefinida a la que la Sra. Wollen ayudaba y criticaba continumente.

Una fría mañana de otoño, Silas Merck, contraviniendo sus costumbres, dejó de bajar al comedor, a las 8 de la mañana, para tomar su desayuno. El hecho, por lo inusitado, no dejó de sorprender y aun de preocupar a la Sra. Wollen, la que no obstante, distraída por sus habituales quehaceres y sus preocupaciones económicas, no volvió a pensar en ello hasta que a las 11 de la mañana, al dirigirse a arreglar la habitación del pensionista, la halló cerrada con llave y no obtuvo respuesta a los discretos llamados que hizo golpeando suavemente con los nudillos en la puerta.

Inquieta y preocupada, los golpes fueron aumentando en intensidad y pronto el estruendo de éstos y los gritos con que los acompañaba, alarmaron a los pensionistas, los que se agolparon a su alrededor haciendo toda clase de conjeturas sobre la posible explicación del hecho.

Uno de los primeros en acudir y que por su carácter de policía propuso algunas medidas, fué Webster, quien en vista de las circunstancias y dada la imposibilidad de penetrar en la habitación, por estar la puerta cerrada con llave, indicó la necesidad de forzarla. Tomando impulso, dejó caer todo el peso de cuerpo contra la puerta y a la segunda intentona, ésta, con un crujido, se abrió violentamente. Todos los circunstantes se precipitaron adentro de la pieza y poco pudieron ver en el primer momento, pues, por estar cerrada la ventana, una profunda oscuridad reinaba en su interior.

La Sra. Wollen, que no obstante las circunstancias conservaba su serenidad, se dirigió hacia la ventana situada frente a la puerta y descorriendo las cortinas, permitió a los circunstantes comprobar que el cuerpo de Merck yacía detrás de la hoja de la puerta violentada, entre el ropero y el lavatorio.

Webster, que al entrar quedó al lado de la puerta esperando que la dueña de la pensión abriera la ventana, fué el primero que se agachó a examinar el cuerpo de la víctima. Comprobó, junto con los demás, que había dejado de existir hacía algunas horas, pues el enfriamiento del cadáver se había extendido a todo el cuerpo y había un policía en la habitación, mortis" en las extremidades.

Entre el murmullo de suposiciones, conjeturas y comentarios de los presentes, pronto se destacó la voz serena de la Sra. Wollen,, quien olvidando tal vez que tabía un policía en la habitación, ordenó a todos los presentes que salieran de la pieza hasta que las autoridades se hicieran cargo del asunto.

Todos los pensionistas obedecieron la orden y se reunieron en el pequeño vestíbulo, contiguo a la habitación del crimen, mientras la dueña de casa, tomando el teléfono, se comunicaba con la policía y montaba una efectiva guardia al lado de la puerta forzada.

Pronto hizo su aparición el comisionado Burton junto con un agente, ordenando a todos los presentes que no se movieran de donde estaban hasta que él los autorizara, y se dirigió a la habitación de Merck acompañado solamente por Webster.

Inspeccionó someramente el cadáver, y pasó a revisar la habitación, encontrando que la ventana estaba perfectamente cerrada y que, seguramente por estar la madera algo hinchada por la humedad, encajaba perfectamente en el marco y chirriaba al abrirse o cerrarse.

La puerta de la habitación, que había sido forzada, tenía la llave colocada por la parte interior de la cerradura y ninguna otra forma pudo encontrar que permitiera entrar o salir de la pieza. La teoría de la muerte por asesinato era pues difícil de ser aceptada y como la causa del deceso de la víctima sólo podría conocerse después de la revisación del cadáver por el médico policial o por la autopsia, pues no había señales de violencia, ninguna conjetura se formuló al respecto el comisionado.

Revisados los muebles y papeles que contenía la habitación, no se notó señales de lucha ni la falta de objetos ni documentos de ninguna clase.

Ambos policías dirigiéronse al vestíbulo y Burton comenzó a interrogar a los testigos sin que ninguno de ellos diera la menor luz al asunto con sus declaraciones. No se había oído ruido de lucha, ningún extraño fué visto entrar o salir de la casa y no se conocía enemigos al muerto, si bien se sospechaba que debía tenerlo y muchos, dados sus hábitos de vida.

Por el momento la teoría del sucidio o de un accidente, era pues la única aceptable y reconociéndolo así Burton — con gran alivio y alegría de su parte — levantó la orden anteriormente impartida a los pensionistas.

Pocos minutos después hacía su entrada a la casa el médico policial, quien pasó a la habitación del hecho a efectos de revisar el cadáver que no había sido movido de su lugar. Al cabo de un cuarto de hora salió a comunicar al comisionado el resultado de su examen.

—La muerte se produjo — informole — a consecuencia de una herida que afecta la región cardíaca, inferida por un punzón o alfiler largo y cuyo orificio de entrada está situado en la espalda, a la altura de la víscera afectada. Prácticamente no ha habido derramamiento de sangre al exterior, pues la hemorragia ha sido interna. El pequeño orificio sólo ha dejado salir unas pocas gotas de sangre.

—En ese caso — contestó el comisionado — la teoría del suicidio es dudosa...

—¿Dudosa? Nada hay más imposible e inaceptable que tal teoría. Se trata de un crimen sin ningún género de duda.

La satisfacción que anteriormente experimentara el comisionado al desechar la posibilidad de un asesinato, pronto dejó paso a una explicable desazón, pues comprendió que en caso de confirmarse lo que el médico aseguraba, el crimen se hallaba rodeado del mayor de los misterios posibles.

Como dos días después de estos acontecimientos, la pesquisa no adelantara lo más mínimo, se decidió solicitar la cooperación de las autoridades de Scotland Yard.

El inspector Gray — el famoso Allan Gray — fué encargado de investigar el asunto.

La atención entera del país estaba concentrada en el asesinato de Silas Merck, pues revestía todas las características necesarias para interesar al más exigente de los aficionados a la lectura de crímenes misteriosos. Porque en este caso particular, casi más que la individualización y captura del homicida, era interesante la explicación de la forma en que se cometió el asesinato y consiguió escabullirse el criminal.

En efecto, el crimen se había cometido en una habitación absolutamente cerrada. La ventana, que correspondía a un primer piso, no había sido abierta y la puerta estaba cerrada con llave, estando ésta colocada en la cerradura por la parte de adentro. La incógnita era pues semejante, si no mayor, a la del caso conocido en la literatura policial por "El misterio del cuarto amarillo".

El inspector Gray no dejó de realizar una prolija revisación en el pequeño escritorio que alquilaba la víctima en la sórdida casucha de West Street y pudo comprobarse que sus actividades iban desde el préstamo usurario hasta la extorsión, aparte de ser adquirente de objetos robados, a precios irrisorios.

El móvil del crimen era pues, sin lugar a dudas, la venganza de un extorsionado, el descontento de uno de sus indeseables clientes o la desesperación de un deudor explotado. El autor debía hallarse entre uno de estos. Muchos, si no todos, fueron citados, otros detenidos y todos interrogados, pero nada absolutamente pudo ponerse en claro con tales medidas; la incógnita seguía sin despejarse. ¿Cómo pudo salir el autor después de cometido el crimen? ¿Por dónde? ¿En qué forma?

Allan Gray —cuya preocupación iba en aumento, pues los diarios seguían dedicando al hecho sus mejores columnas y las críticas a la actuación policial, veladas al principio, eran ya abiertas y descomedidas— agotó todos los procedimientos imaginables sin resultado alguno.

Las impresiones digitales halladas en la pieza pertenecían a la víctima o a las personas encargadas de la limpieza de la habitación; todos los sospechosos detenidos pudieron probar sus coartadas, nada en fin que pudiera servir de hilo inicial para desenredar la enmarañada madeja, pudo hallarse.

Algunos diarios, el "Northern News" entre otros, organizaron encuestas entre sus lectores y las soluciones más fantásticas se vertieron en sus columnas: iban desde las teorías de carácter espiritista, hasta las que aceptaban que el hecho se había cometido por un hombre invisible, quien habría salido de la habitación al ser violentada la puerta.

Entre los lectores del "Northern News" que tenían su teoría propia, figuraba el coronel C. H. Brackembury, antiguo oficial del Servicio Secreto británico en la India, quien residía en una pequeña población situada no lejos de la ciudad en que se desarrollaron los sucesos.

Acostumbrado por su larga residencia en la India Inglesa a intervenir en asuntos misteriosos de toda índole, opinaba que cualquier hecho aun los que tenían una apariencia extraña o sobrenatural, tenían una explicación humana y que ésta era tanto más sencilla y desencantadora cuanto mayor era el misterio aparente.

Sus convicciones eran sólidas en lo que se refiere a la impenetrabilidad de la materia y la visibilidad de los cuerpos humanos y tenía el concepto de que los espíritus tienen en las altas regiones que habitan misiones más elevadas que cumplir que asesinar a ancianos sexagenarios por reprobables que fuesen sus actividades comerciales.

Su conocimiento del asunto lo había obtenido a través de la lectura de las crónicas de los diarios y no obstante carecer de información oficial y no haber echado ni una ojeada al teatro de los sucesos, creía difícil estar equivocado en la explicación que daba a los hechos.

Por eso es que, creyendo un deber de su parte colaborar con la policía en el esclarecimiento del asunto, como una obligación inherente a todo ciudadano, se trasladó una mañana al edificio de la policía local y solicitó una entrevista con el encargado de la investigación. Una vez informado del objeto de la visita y conociendo el cargo que su interlocutor desempeñara en otro tiempo, Allan Gray no tuvo reparos en cambiar ideas y opiniones con el coronel y nunca en su vida se arrepintió de haber procedido en esa forma.

—Espero — empezó el coronel — que Vd. estará de acuerdo conmigo en muchas de las conclusiones a que he llegado.

—Así lo espero, por mi parte — fué la respuesta de Gray.

—Ante todo — siguió Brackembury — tenemos en nuestro poder algunos datos orientadores y que tienen alguna importancia. El crimen fué cometido unas once o doce horas antes de ser hallado el cadáver, lo que nos da como hora presunta de su realización las once o las doce de la noche anterior. El criminal, una vez que dió muerte a su víctima, ha salido por la puerta que apareció cerrada con llave por la parte interior y como esta última operación es imposible hacerla desde afuera y yo no acepto hechos sobrenaturales, entiendo que alguien dió vuelta a la llave desde adentro o simuló hacerlo.

—Pues de no ser el criminal ¿quién pudo haberlo hecho? No es verosímil que la víctima aun en el caso de no haber sobrevenido la muerte instantáneamente, se entretuviera en encerrarse antes de caer desplomada.

—Prescindamos, por ahora, de la dificultad de la llave. Lo indudable es que el asesino era amigo o conocido de Merck y aunque éste sólo trataba sus negocios en su escritorio de West Street, esa noche se ventiló en su habitación algún negocio turbio cuyo resultado fué la muerte del anciano.

Ninguna persona de la casa vió a ningún extraño en ella esa noche, a nadie se le abrió la puerta de calle y la cerradura de ésta no ha sido forzada. Todo ello me induce a pensar que el autor del hecho debe buscarse entre alguno de los pensionistas de la Sra. Wollen.

—Eso es mucho decir, y siendo tan reducido su número, de aceptarse sus conclusiones el caso estaría prácticamente resuelto.

—No olvide que la puerta cerrada en la forma en que fué hallada es la mejor coartada que posee el criminal, y mientras no aclaremos su "modus operandi", esa puerta cerrada se opondrá entre él y la justicia como su mejor defensa.

—Pero hace un momento Vd. insinuó algo referente a la cerradura y a la forma en que fué cerrada. ¿Sospecha Vd. algo al respecto?

—Sospecho mucho. Hay actos que aparentan suceder antes que otros y que sin embargo tienen lugar en realidad después de éstos. Además, aunque la policía considera sospechosa a toda persona que pudo ser la última en estar con la víctima, a mi entender también debe serlo la primera en encontrar el cadáver.

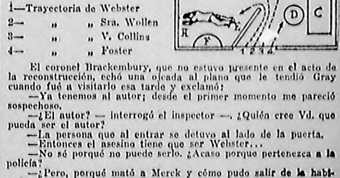
—Pero en este caso las personas que encontraron el cuerpo fueron la Sra. Wollen, Ralph Webster, Henry Foster y Violet Collins; siguiendo su teoría cualquiera de ellas puede ser la autora del crimen.

—Dada esa circunstancia, me parecería acertado hacer una reconstrucción de la escena del descubrimiento del hecho, por las mismas personas que intervinieron en él.

—Si a Vd. le parece... — concluyó Gray — nada se perderá con ello.

Verificada la reconstrucción, todos los presentes en aquella escena estuvieron de acuerdo en que sus movimientos al entrar en la pieza fueron los que se marcan en el plano siguiente:

A—Cama
B—Mesa de luz
C—Escritorio
D—Sillón
E—Hoja de la puerta
F—Lavatorio
G—Ropero
H—Cadáver de Merck
I—Ventana
1—Trayectoria de Webster
2— " " Sra. Wollen
3— " " V. Collins
4— " " Foster



El coronel Brackembury, que no estuvo presente en el acto de la reconstrucción, echó una ojeada al plano que le tendió Gray cuando fué a visitarlo esa tarde y exclamó:

—Ya tenemos al autor; desde el primer momento me pareció sospechoso.

—¿El autor? — interrogó el inspector —. ¿Quién cree Vd. que pueda ser el autor?

—La persona que al entrar se detuvo al lado de la puerta.

—Entonces el asesino tiene que ser Webster...

—No sé porqué no puede serlo. ¿Acaso porque pertenezca a la policía?

—¿Pero, porqué mató a Merck y cómo pudo salir de la habitación cerrada al cometer el crimen?

—Vamos por partes: Silas Merck, conocía probablemente alguna grave irregularidad de servicio cometida por Webster y se propuso extorsionarlo para utilizarlo en provecho propio; Webster, decidió la noche del crimen arreglar el asunto con Merck, y habiendo fracasado en su intento, enfurecido, lo asesinó con un punzón que halló en el escritorio de la víctima. Cometido el crimen, trató de serenarse y se trazó un plan que debía ponerlo a cubierto de sospechas. El plan era sencillo: salió de la habitación cerrando la puerta con llave (desde luego por la parte exterior) y se guardó la llave en el bolsillo.

Naturalmente estuvo atento a que se produjera la alarma y al oír los golpes y gritos que prorrumpía la Sra. Wollen, se precipitó junto con los demás pensionistas hacia la puerta de la habitación de la víctima y dado el cargo policial que investía, dirigió las operaciones. La llave sólo estuvo colocada en la cerradura cuando, una vez forzada la puerta, el criminal la colocó en ese lugar. La persona que al entrar en la habitación, junto con las demás, se colocara al lado de la cerradura, tenía que ser el criminal. Webster fué esa persona.

He llegado a esa conclusión, pues no acepto jamás como premisas de mis deducciones, elementos que no sean lógicos y realizables. Carezco de imaginación pero, no acepto imposibles.

Al ser detenido, Webster confesó ampliamente su delito, explicando los hechos en la forma adelantada por el coronel.

La consideración que el inspector Allan Gray merecía de sus superiores, así como la admiración que despertaban sus cualidades en el público en general, jamás rayaron a tan gran altura, debido al éxito obtenido al demostrar la forma en que se cometió el asesinato más misterioso de esos años.

El coronel Brackenbury, antiguo oficial del Servicio Secreto británico, da con la solución, maravillosamente sencilla, del asombroso crimen cometido en un cuarto cerrado

UN CUENTO PARA NIÑOS

El Sonsonete de Ño Canguro Viejo

POR RUDYARD KIPLING

NO siempre fué el canguro como lo vemos ahora. Antes era un animal diferente, con cuatro patas cortas; era gris y era lanudo y su orgullo excesivo; bailaba en un peñón pelado en el medio de Australia y fué a ver al dios chico Nca.

Fué a ver a Nca a las 6, antes de almorzar, y le dijo:

—Hazme distinto de todo otro animal antes de las 5 de esta tarde.

¡Upa! saltó Nca desde su asiento en la arena lisa y gritó — ¡Vete!

El era gris y era lanudo y su orgullo excesivo; bailó en una roca en el medio de Australia y fué a ver al dios mediano Ncuin. Fué a ver a Ncuin a las 8, antes de almorzar, y le dijo:

—Hazme distinto de todo otro animal; hazme también solicitadísimo, antes de las 5 de la tarde.

¡Upa! saltó Ncuin desde su cueva en el pasto espinoso y gritó: — ¡Vete!

El era gris y era lanudo y su orgullo excesivo; bailó en una duna en el medio de Australia y fué a ver al dios grande Ncon. Fué a ver a Ncon a las 10, antes de almorzar, y le dijo:

—Mazme distinto de todo otro animal; hazme solicitadísimo, haz que siempre me sigan, antes de las 5 esta tarde.

¡Upa! saltó Ncon desde su baño en la salina y gritó: — ¡Sí, lo haré!

Ncon llamó a Dingo — el perro ocre Dingo — siempre hambriento, polvoriento al sol, y le indicó ño Canguro. Ncon dijo:

—¡Dingo, animate! ¿Ves ese señor que baila en la basura? quiere ser popular y que siempre lo sigan. Dingo ¡hazlo así!

¡Upa! saltó Dingo, el perro ocre Dingo, y dijo: — ¿Qué, ese gato conejo?

¡Zás! corrió Dingo, — el perro ocre Dingo — siempre hambriento, boquiabierto como balde de carbón, corrió tras el canguro, siempre lo siguió.

¡Zás! corrió Canguro el orgulloso con sus cuatro patitas como un conejito.

!Esto, oh querido mío, termina la primera parte del cuento!

Corrió por el desierto, corrió por las montañas, corrió por las salinas, corrió por los cañaverales, corrió por los eucaliptos, corrió por el pasto espinoso, corrió hasta que las manos le dolieron.

¡Debía corror, por fuerza!

Aun corría Dingo — el perro ocre Dingo — siempre hambriento, mostrando los dientes como una trampa de ratas, nunca más cerca, nunca más lejos, siempre lo seguía al Canguro.

¡Debía correr, por fuerza!

Aun corría el Conguro — ño Canguro viejo — corría por los bosques, corría por pampas de pasto alto, corría por pampas ralas, corría por los trópicos a través de Capricornio y Cáncer, corría hasta que le dolían las patas de atrás.

¡Debía correr, por fuerza!

Aun corría Dingo — el perro ocre Dingo — más y más hambriento, nunca más cerca, nunca más lejos, y llegaron al río Wolgón. Entonces, he aquí que no había puente, no había balsa y ño Canguro no sabía cómo pasar, así que se alzó en las patas y saltó.

¡Debía saltar, por fuerza!

A saltos por la sierra Flinders, a saltos por los desiertos de Australia central, a saltos como un Canguro.

Al principio saltaba un metro, luego tres, luego cinco; las patas se robustecían, las patas le crecían. No tenía tiempo para descansar ni para almorzar y mucha falta que le hacían.

Aun corría Dingo — el perro ocre Dingo — muy intrigado, muy hambriento y cavilando qué diablos o qué dioses hacían saltar tanto a ño Canguro viejo, pues saltaba como langosta, como arveja en sartén, como pelota nueva.

Se encogió las manos, saltó sólo con las patas de atrás, alargó el rabo como balancín tras él y, a saltos, pasó los bañados de Darlin.

¡Debió ser así, por fuerza!

Aun corría Dingo — el perro cansado Dingo — más y más hambriento, muy intrigado y cavilando cuando por fin o alguna vez ño Canguro viejo se pararía.

Entonces salió Ncon de su baño en la salina y dijo:

—Son las 5.

Se sentó Dingo al fin — pobre perro Dingo — siempre hambriento, polvoriento al sol; sacó la lengua colgante y aulló.

Se sentó el Canguro al fin — ño Canguro viejo — alargó el rabo tras él como banquito de ordeñar y dijo:

—¡Gracias a Dios que eso acabó!

Entonces dijo Ncon, que es siempre gentil:

—¿Por qué no agradeces al perro ocre Dingo, por todo lo que hizo por ti?



ESTE ES EL DIBUJO de ño Canguro viejo a las cinco de la tarde, cuando ya consiguió las lindas patas de atrás, como le prometió el dios grande Ncon. Se nota que son las cinco porque lo dice el mismo reloj amaestrado del dios grande Ncon. Ño Canguro viejo se está portando mal con Dingo, el que trató de agarrar al canguro por toda Australia. Se notan las huellas de las grandes patas nuevas de ño Canguro, que van lejos tras las áridas colinas. El perro ocre dingo está dibujado negro para distinguirlo del color del desierto, y porque se ensució tremendamente con tanto correr por los tan distintos suelos. Las dos cositas chatas en el desierto son los otros dioses a quienes habló ño Canguro viejo por la mañana temprano. Esa cosa con letras en la panza de ño Canguro es su bolsa o bolsillo. Tuvo que tener la bolsa tal como tiene patas de atrás grandes. No sé los nombres de las flores alrededor del baño de Ncon.

Entonces dijo el Canguro — el viejo ño Canguro, — cansado:

—Me expulsó de los lugares de mi niñez, me expulsó de mis horas usuales de comer, me expulsó de mi antigua figura, que nunca más recuperaré, y me echó a perder las patas.

Entonces dijo Ncon:

—Quizás me equivoco pero ¿no me pediste que te hiciera distinto de todo otro animal y también que siempre te sigan? Y ahora son las 5.

—Sí — dijo el Canguro. Ahora querría no haber cambiado así. Creía qu. lo haría usted por hechizos y encantos, pero esto es una broma de consecuencias.

—¡Broma! — dijo Ncon, desde su baño en los eucaliptos. Repítelo y le silbo a Dingo que te corra hasta que se te gasten del todo las patas de atrás.

—No, — dijo el Canguro. Tengo que pedirle disculpa. Patas son patas y no hace falta que me las altere en cuanto se refiera a mí. Sólo quería explicar a su gran señoría que no comí nada desde esta mañana y que estoy muy vacío de veras.

—Sí — dijo Dingo, el perro ocre Dingo, — estoy en la misma situación. Lo hice distinto de otros animales; y son las 5, la hora del té y ¿qué me darán?

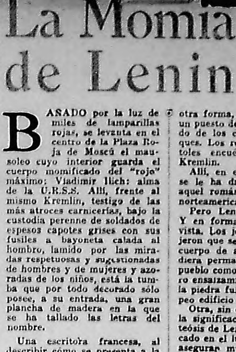
Entonces dijo Ncon, desde su baño en la salina:

—Vengan mañana y pregúntenmelo, porque ahora me lavaré.

Así quedaron en medio de Australia ño Canguro viejo y el perro ocre Dingo y se dijeron uno al otro:

—Es por tu culpa.

Kipling — el escritor del esplendor, de la valentía y de la sordidez del Imperio Británico, el genial autor de "Kim", de "Stalky" y de "Los siete mares" — ha escrito cuentos para niños también. Escrito e ilustrado. Este que reproducimos aquí, trae los dibujos originales de Kipling.



ESTE ES EL DIBUJO de ño Canguro viejo cuando era el animal diferente de cuatro patas cortas. Se nota que es muy orgulloso por la guirnalda de flores en la cabeza. Baila en medio de Australia y se ve que son las seis porque justo sale el sol. La cosa con orejas y boca abierta es el dios chico Nca, que está diciendo: "Vete", pero el canguro baila con tal interés que todavía no lo oyó. Nca está sorprendido, porque nunca vió bailar así a un canguro.

Museo de la Confusión

POR ANIMULA VAGULA

★

EN "El Suplemento" del 18 de julio descubrí un cuento titulado Rehabilitación y que lleva la prestigiosa firma de Ricardo Buccicardi.

En cierta zona de la elucubración fuí sorprendido por el pasaje siguiente:

Era un torrente de lágrimas serenas que vertían sus pupilas azules; una conmovedora explosión de dulzura por su conversión tardía. Poco a poco cedía el llanto, y entonces,, tomándole una mano, se la besó con unción.

Era el premio que merecía después del esfuerzo indudable que representa el transformar pupilas azules en lagrimales, termas, surtidores y regaderas. Como creo que el señor Buccicardi padece de opiaína le recomendaría dedicarse más de lleno al estudio de la ojiva, el ojo de buey y la ojota para no caer en lo sucesivo en errores de esta naturaleza.

★

Al cúmulo de carteles alusivos de que está plagada la metrópoli se ha sumado últimamente uno muy sugestivo que se lee en ciertos quioscos o pagodas donde se venden o adoran vigilantes. El cartelito dice así:

Este agente vela por la seguridad. ¡Secúndelo!

Declaro que esta lectura me d e s m o r a lizó completamente. Desmoralización sólo comparable a la que podía ostentar una gallareta, iguana o morza, al comprobar cierta matina que su gallareto o complemento adecuado se pasea del porch a la trastienda o del ventisquero al fumoir repartiendo volantes con un texto parecido al que sigue:

Este señor vela por la propagación de la especie. ¡Fecúndelo!

Volviendo de nuevo a la pagoda me gustaría saber en qué forma se debe secundar al tira, botón, chafe o esbirro porque me parece contraproducente que los simples peatones se dediquen a ser sobornados dirigir el tráfico, arrestar a los perros de policía venerar la perrera, analizar las vísceras, cometer abusos de autoridad y hacer abandono del servicio en desmedro de la casilla, la seccional, el crimen de Alzaga, el traficante de alcachofas, el atentado a la moral, el hogar policíaco y los billetes de dudosa ortografía.

★

Juan José de Soiza Reilly ofrece en "Caras y Caretas" del 21 de julio un artículo-interview dedicado al profesor Angel Cabrera. De acuerdo a su sistema habitual en estos trances para no ser confundido con su oponente, Juan José se reserva el uso de la negrita y cede la bastardilla al entrevistado. En este último tipo de letra el profesor paleontólogo expresa los motivos que lo llevaron en su juventud a abandonar el estudio de las ciencias naturales y optar por la pedantería de un doctorado en filosofía y letras. Además de la oposición patriarcal que despreciaba al fémur antediluviano cita la influencia decisiva de cierta obra: Los sobrinos del capital Grant en la cual se designaba a los cirujas y a otros simpatizantes de la oseografía. Refiere el profesor:

Entre los personajes figuraba un sabio paleontólogo, coleccionista de fósiles, que cada vez que cruzaba por la escena con su galera puesta al revés, su levita torcida y su malla al hombro para cazar las mariposas, el público se reía a carcajadas. ridiculez de su aspecto

Se reía y con toda razón porque esto de que a un paleontólogo se le ocurriera salir a la caza de fósiles, megaterios atmosféricos y lepidópteros petrificados convertido en un retiario lleno de mallas y telas me parece motivo más que suficiente para la exteriorización del carcaj, la sonrisa cachadora y el rictus sardónico. Si en lugar del adminículo usado, el optimista con red se hubiese hecho asesorar por dos o tres perros de policía, un cavernario o algún mamífero arcaico que le recomendaran la excavación y la utilidad de salir a los caminos llevando al hombro el hacha y el pico, habría evitado a no dudarlo muchos inconvenientes y las emanaciones humorísticas que trascendían de su persona y de sus actos. En letra negrita se hace presente luego Soiza Reillly, quien hablando del primer paleontólogo argentino, Francisco Javier Muñiz, expresa:



Entre tanto, estudiaba los fósiles; investigaba; exploraba... Durante la tiranía, Rosas lo miraba con rabia. El doctor Muñiz era de una sola pieza.

¿Un paleontólogo y de una sola pieza? Imposible: eso sería tan denigrante como un ajedrecista de un solo jaque o un latifundista de una sola habitación. Además, me pregunto yo de que le servían al doctor Muñiz los estudios, investigaciones y exploraciones si apenas era poseedor de una tibia anacrónica o de un peroné usado. Recién ahora me explico las miradas del dictador y las broncas consiguientes de Cuitiño, la mazorquera de Monserrat, la pulpera de Santa Lucía y la guitarrera de San Nicolás hacia la paleontología y el museo arqueológico.

★

En "Para Ti" del 24 de julio la señorita Ramos se mandó una composición titulada Fantasía que como se podía juzgar no desmereció el bautismo. Comienza así:

Nació una niña bella, cual plácida ilusión,
que tenía la forma de un lindo corazón.
Sus padre, unos pobres y humildes labradores
que vivían dichosos entre nubes y flores,
miraban asombrados el fruto de su amor,
blanco seguramente del humano dolor,
pues la niña esperada con tan inmenso afán,
en vez de ser de carne era de mazapán.

Menos mal que era de mazapán, pues si hubiese resultado de mazagrán o de mercaptán, el papel secante, la bomba aspiradora y la cucharita apenas si habrían dado abasto para recoger al vástago. Aparte de ésto existe una situación que no he podido explicarme: cómo se la arreglaron los humildes labradores para determinar el verdadero sexo de ese personaje en forma de corazón y constituído por almendras, azúcar, miel y otras cosas. De acuerdo al diccionario de la Real Academia, mazapán es masculino y en una de sus tantas variantes dice: dulce revestido o envuelto en un bizcocho cilíndrico perforado por el centro. Ignoro si el heredero reunía esta condición o no, pero sospecho que sí, y a ellos y al desconocimiento de la repostería demostrado por los habitantes de nubes y flores culpo de la equivocación.

★

En la sección De Mujer a Mujer, que con loable acierto dirige Madame Dolly en un gráfico noticioso, halló el 19 de julio la siguiente contestación a Nice:

Desista de las joyas. Su juventud es un cofre maravilloso.

¿Y por qué desistir de las joyas? Si su juventud es un cofre maravilloso nada más natural que llenarlo de piedras preciosas, dijes, medallones, pulseras, etc. y no destinarlo a resumidero de cáscaras de maná o desperdicios de maní.



VIÑOLEANAS

TODOS mis vecinos espían la luz de mi zaguán — quiere decir que los "coleópteros" (b i c h o s hediondos del alumbrado) vigilan mi lámpara.

★

No hay ninguna diferencia entre un canalla y un hombre excesivamente digno — ambos están al margen de la sociedad!

★

Todos los seres vivimos engañados. Sólo conocemos la verdad, cuando tenemos hambre.

★

La elocuencia no es nada más que la realidad, con un pequeño aguinaldo.

★

En la miseria solamente estamos aquellos que tenemos una idea exagerada del honor.

★

Los que no piensan desde mi vereda, pueden hacerme asesinar por la espalda. Pero lo que no pueden, es exigirme que yo los contemple silenciosamente.

★

Si las damas de beneficencia, no se entretuvieran con el dolor, yo no sé qué sería de estas pobres y aburridas matronas.

★

Odio a las colectividades, porque me encanallecen, a medida que les enseño alguna maravilla, jugando a la bolita.

★

Hay que dedicarse a la agricultura de la estratósfera — allí no hay "vacas" que molesten el sembrado.

Ver, es guardarse adentro, una imagen.

★

Lo que uno ama, lo encuentra hasta adentro del agua de la palangana.

★

Sé que soy un hombre grande, porque no obstante poseer una usina espiritual, ambiciono vivir sin llegar a nada.

★

El médico será un elemento útil, cuando se dedique a perfeccionar su propia vida, abandonando las demás.

★

Hablo siempre de mí, por no despertar al elefante blanco y con aftosa, que tengo dormido, dentro de mi alma.

★

Aunque parezca una paradoja, solamente los impacientes, podemos llegar a ser "fakires".

★

Acostumbro a regocijarme por cada amigo muerto — sé que pronto estaré con ellos.

★

Todas las anestesias son a base de la toxicidad del medicamento.

★

Soy un vanidoso, conozco de memoria el ruido de las gárgaras que se hacen las acequias.

★

En el consorcio de los ruidos, yo me imagino el asco que tendrá el violín al identificarse con el ruido del bombo y el saxofón. ¡Y todos son indispensables para la partitura!

OMAR VIÑOLE



La Momia de Lenin

POR ALFREDO SANTOS PRESACCO

BASADO por la luz de miles de lamparillas rojas, se levanta en el centro de la Plaza Roja de Moscú el mausoleo cuyo interior guarda el cuerpo momificado del "rojo" máximo: Vladimir Ilich: alma de la U.R.S.S. Allí, frente al mismo Kremlin, testigo de las más atroces carnicerías, bajo la custodia perenne de soldados de espesos capotes grises con sus fusiles a bayoneta calada al hombro, lamido por las miradas respetuosas y sugestionadas de hombres y de mujeres y azoradas de los niños, está la tumba que por todo decorado sólo posee, a su entrada, una gran plancha de madera en la que se ha tallado las letras del nombre.

Una escritora francesa, al describir cómo se presenta a la mirada del visitante la cámara mortuoria donde ha sido colocado el cuerpo inerme del extraordinario jefe revolucionario, dice: "Es pequeña, redonda y baja, completamente forrada de rojo, de un rojo rubí. Una claridad sobrenatural cae de lleno sobre la urna de vidrio en que reposa Lenín y sube de las bombillas eléctricas que lo rodean como si fuesen las baterías de un teatro. Una baranda de madera aisla la urna". Más adelante, al referirse al cuerpo, leemos: "Sólo veo al principio, y hundido en un cojín de seda carmesí, la cabeza de amplia frente bombeada, marfileña y despojada. Percibo después el busto vestido con una camisa beige, sobre la que se destacan varias insignias y el cuerpo que desaparece bajo los pliegues de una bandera roja y encima la Hoz y el Martillo subrayados por un rayo ardiente.

Vuelvo a fijarme en el rostro: los párpados parecen palpitar sobre una mirada interior y una tenue sonrisa levanta misteriosamente los extremos de la boca. Ha desaparecido la máscara de combate. Una extraña expresión de serenidad reina sobre los rasgos dormidos..."

Existe en Rusia una antigua superstición eslava que, a pesar de todo, no han logrado desenquistar del espíritu de una enorme parte del pueblo los nuevos orientadores. Según ella si al morir un ser humano su cuerpo se corrompe, es una evidente prueba de que éste en vida no ha poseído un alma pura.

Esta superstición fué la que dió origen a la también remota costumbre de momificar los cuerpos —ya poco común en la actualidad— encontrándose muchos en tales condiciones en varias catedrales de algunas ciudades rusas y en perfecto estado de conservación, datando, además, de varios centenares de años. En el mismo Moscú en la catedral de la Asunción se conservan aun las momias de los nueve patriarcas. En "la madre de todas las ciudades rusas": Kiew, está la catedral de la Exaltación de la Cruz, por donde se entra a las célebres grutas de San Antonio, lugar en que se encuentran las momias de santas y santos en un número aproximado a cien. San Antonio, el hijo del bayardo Varlaam la princesa Juliana, San Juan el Sufrido, son los nombres más conocidos entre todos ellos. Están a la vista del público, colocados en sendos sarcófagos. San Juan el Sufrido, que de acuerdo a la leyenda vivió 30 años enterrado hasta el cuello, es, al decir de la mayoría de los visitantes, el retrato exacto de Lenín...

A pesar de lo relativamente reciente de la momificación del cuerpo de éste, se asegura que está muy distante de hallarse en las mismas condiciones en que se encuentran los de los mencionados santos.

En 1923, año en que se produjo la muerte del jefe bolchevique, las autoridades rusas no pensaron en un principio en momificarlo y exponerlo a la veneración del pueblo; sólo se le iba a dar un lugar de preferencia a la tumba que guardaría sus restos entre las de los demás ideólogos marxistas que, en una u otra forma, se han conquistado un puesto de honor en el recuerdo de los ciudadanos bolcheviques. Los restos de estos apóstoles encuéntranse al pie del Kremlin.

Allí, en ese lugar, es donde se le ha dado cabida a la de aquel romántico revolucionario norteamericano: John Reed.

Pero Lenín fué momificado. Y en forma de lo más imprevista. Los jefes del Soviet adujeron que se procedía así con el cuerpo de aquél para que pudiera permanecer a la vista del pueblo como supremo y justiciero ensalzamiento a quien colocó la piedra fundamental del ciclópeo edificio de la Nueva Rusia.

Otra, sin embargo, parece ser la significación real de la apoteósis de Lenín. No se le ha ubicado en el lugar donde se halla, aseguran muchos, con el solo objeto de que reciba del pueblo eslavo el homenaje de que se ha hecho acreedor, sino también con el evidente fin de evitar que pudiera mermar el prestigio del gran revolucionario. Y tal cosa habría ocurrido de haber dejádo que en su cuerpo se operara el lógico y natural proceso biológico.

Habíamos expresado más arriba que el cuerpo momificado de Vladimir Illitch se halla muy distante de encontrarse en el perfecto estado de conservación que se puede apreciar en otras célebres momias existentes en Rusia. Esta, es, indudablemente, la faz más curiosa del secreto de la tumba de Lenín.

Cuando se dispuso la momificación de éste, se cree que a causa de no haber procedido con la precisión que requería tal operación o que está se efectuó en forma precipitada, es que el cuerpo se descompuso rápidamente, atinándose sólo ante esa contrariedad a salvar la cabeza, cuya piel, en parte, se había ya corrompido; pero manos expertas supieron restaurarla en forma realmente sorprendente. Luego de haber sido cosida, se extendió por sobre toda la piel una capa de cera que disimula admirablemente las suturas practicadas.

Las manos, que también permanecen descubiertas, dan una acentuada sensación de ser de cera.

Asegúrase que la parte del cadáver que la cera ha suplantado ha sido incinerado y que las cenizas se han guardado en una urna.



Lo que les preocupa en la actualidad a los gobernantes rusos, en lo que respecta al cadaver de Lenín, es que la cabeza de éste no llegue algún día a descomponerse.

El que visita la tumba y presta atención a todo bien pronto podrá percibir rumores de máquinas que se hallan ocultas muy próximas a la cámara mortuoria. Son, se cree, de aparatos frigoríficos que han sido colocados en el lugar para evitar la descomposición de lo que resta del cuerpo de Lenín. [illegible] citados aparatos mantienen, por un procedimiento hábilmente disimulado, a una temperatura muy baja el sarcófago, que lo constituye una campana de cristal cuyo hermetismo no permite la infiltración del aire. La visita a la tumba se permite solamente por espacio de dos horas diarias, siendo frecuente la suspensión de ella por varios días y a veces por algunas semanas. Aunque son otras las razones que se exponen al público se sabe que proviene tal medida ya porque el profesor Zbarki del Instituto de Química y Bacteriología de Moscú al ir a comprobar el grado de temperatura del sarcófago ha percibido una alteración en ella o bien que el doctor Vorobiev, reputado anatomista, al examinar el estado de conservación de la momia, ha comprobado en ella, o mejor dicho en lo que queda de piel, un levísimo principio de descomposición de la materia.

Y abiertas que son las puertas, el silencioso desfile de los rusos continúa ante el extraordinario sugestionador de multitudes.

ILUSTRACION DE PASCUAL GUIDA

EL NIÑO

VAYA usté con Dios! Pué, cuando ande por la iglesia vaya a visitarnos".

Así lo hice. Una mañana de invierno en las sierras, todo escarchado: los caminos y los árboles, los techos y las plantas. Con un vientecillo liviano despejándome el sueño, caminé hasta la iglesia, y de allí, cruzando el camino, al "rancho de los andaluces", como le dicen los serranos.

—¡Buenos días les dé Dios!

—¡Usté los tenga con El! — me contestan en coro abuelos y nietas.

—¿Quiere una taza de café?

Ellos lo estaban tomando alrededor de una mesa, sentados en cajones y en alguna silla.

La vieja abuela y el abuelo con siete nietecitas, caritas finas, pálidas, lindos ojos negros, delante de unas tazonas de café negro, el desayuno de aquellas criaturas.

Hablamos de la cosecha. Los viejos sembraron maíz. Un año la langosta, otro la helada, otro la seca. No bebían ni una gota de leche; vendieron la única vaca: el almacenero, de tanto fiarles, se iba a quedar con el rancho y el terreno a orillas del río. Pero tenían una esperanza. No había tristeza en la casa, un ánimo de triunfo los tenía unidos, les daba duración en el tiempo: la esperanza era "el niño".

"El niño" tenía dos años; precioso rubiecito, grandes y rasgados ojos celestes; el menor de la familia.

La madre murió a su nacimiento. Antes de morir, cuando todos la rodeaban contemplando al niño, les había dicho: "Esta es mi bendición".

Todos lo adoraban. ¡El más pequeño y varón! Palabra mágica.

En ese pequeño habían concentrado todas sus esperanzas; vivían al presente con el futuro puesto en "el niño".

La abuela enseñaba a coser a las siete nietecitas, preparándolas para cuando "el niño" fuese grande.

Con sus anhelos, con su penar, con sus cuidados, le iban tejiendo el destino.

Un día me confiaron todas a la vez el gran secreto:

—Será sastre.

—Entonces, se acabarán todas las miserias.

Y empezaron a desgranar:

"Cuando el niño sea sastre"... "Verá usté la casa que tendremos en la ciudá". "Todos trabajaremos en el taller"... "Usté nos mandará clientes"... "Tomaremos una sirvienta para que la abuela descanse"...

Hablaban y hablaban y yo me sentía invadir por la emoción del tono contenido de sus voces, la fuerza que ponían en ese sueño, que les hacía llevadera la dureza de la vida.

Les faltaba el pan, pero no estaban hambrientas. ¿Qué importa lo que es hoy si "el niño" va a ser sastre? No importa que el viejo rancho vaya perdiendo el techo, si está ahí "el niño", que va a ser sastre.

Cuando decían "el niño" les sabía a miel la boca.

Nunca he visto una emoción igual, nunca sospeché hasta dónde y cuánto puede hacer vi-

"El niño", ajeno a todo, su mirada lejana vir una promesa.

muchas veces ¿quería acaso escapar al destino doméstico o soñaba con los ángeles que hacía poco dejó en otro mundo?...

No sé qué fué de los andaluces, ni he querido saber de ellos.

Cuando dejé las sierras seguían alimentando con sangre el futuro de "el niño" que sería sastre.

GRACIELA BALIERO

Ilustración de Rojas

CRUCESE DE PALABRAS

Por Cruz Diablo

Horizontales

I — 1 Fantasma del nene. 2 Monstruo par. 3... avis in terris.

II — 1 Antomovilísticos. 2 Exceso de madera. 3 Menor que el Gelria.

III — 1 Substancia complicada con peces fósiles y rocas bituminosas. 2 Interjección muy utilizada en Carmen de Areco. 3 Según Lugones contuvo una esencia.

IV — 1 Instrumentos musicales. 2 Arbusto resinoso y cuna de plumeros. 3 Cierta clase de caballo.

V — Palo. 2 Ganancia. 3 Artículo vergonzoso. 4 Según Gómez de la Serna, achicoria. 5 Rece.

VI — 1 Batí. 3 Salta de Mohamed. 4 Prefijo incendiario. 3 Adverbio de las niñas. 7 Tentación.

VII — 2 Padrillo mitológico. 3 Gambeta marina. 4 Hueso acrobático.

VIII — 1 Se ríe de la crisis. 2 Bronca a granel.

IX — 2 Escuchalo, atendelo. 3 Materiales de que estaba construída la embarcación de Moisés. 4 En la solapa del egipcio y a orillas del Nilo.

X — 1 El trompa de la mitología egipcia. 3 Acusativo y dativo, del moscovita. 4 Ascensor y ave zancuda. 5 Ombú de China y Japón. 7 Moneda nacional.

XI — 1 Juego y planta. 2 Veintiuna parte de oxígeno y setenta y ocho de nitrógeno. 3 Conjunción. 4 Célebre punto y aviador. 5 Remo como el cangrejo.

XII — 1 En Santa Fe. 2 Fué rozado por harapos, según A. Ghiraldo. 3 Masticábase.

XIII — 1 Cerco. 2 Tiempo del año que no es cuaresma. 3 Sodio en la Franco-Inglesa.

XIV — 1 Frito y marisco. 2 Habitados por espíritus malignos. 3 Madera para piraguas.

XV — Cuna de aragoneses. 2 Rulos de cobre. 3 Del verbo Ser.

Verticales

I — 1 Fiebre que no pasa. 2 Transformada.

II — 1 Mono sureño. 3 Acorralar.

II — 1 Género botánico. 2 habitada a orillas del Cefiso. 3 Algunos lo usan en la oreja izquierda.

IV — 1 Cauce de la sidra. 2 Alejandrino. 3 Tallaba en el fjord montado en caballo de ocho patas y de nombre Esleipner.

V — 2 Zurra. 3 Lengua medioeval. 4 Río en Río.

VI — 2 Rara mezcla de liebre y de ratón. ...

VII — 1 Preposición siamesa 2 Locución plagiaria. 4 Bronca. 5 Río italo.

VIII — 1 Distintivo de comendadores. 3 En la provincia de Navarra. 5 Especie de barro.

IX — 1 Giacobini. 2 Prefijo primerizo. 3 Coquetería lunar.

X — 1 Leguminosa. 2 Echen tierra.

XI — 1 Trepador con panegíricos (femenino). 2 Relativo a Tita Merello y a los vástagos de Urano y Rea.

XII — 1 Hoja del monseñor Nopal. 2 Cueros con que se forran vinos, aceites, etc. 3 Jantus con otomana.

XIII — 1 Planta y mal. 3 En Santander. 5 Antigua ciudad de judea rica en mirasoles y daguerreotipos de Gerchunof.

XIV — 1 Letra. 2 cabeza árabe. 4 Compañero de Tac, es muy nervioso. 5 Pronombre (forma reflexiva.

XV — Religiosos de comedor y chupamedias cubanos.

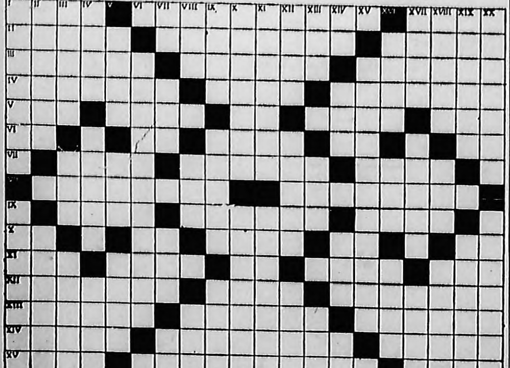
XVI — 1 Mitiga. 2 Contra. 3 Rey de Judá, amo grande.

XVII — 1 El femenino es más conocido. 2 Impresiones digitales de la perdiz, zorrino, etc.

XVIII — 1 Menos que pizca. 2 son hojas ¡ay! desprendidas de un árbol del Senegal. 3 A la derecha del Nilo.

XIX — 1 Polizón submarino, ventosa de Tiburones. 3 Rinde tributo al Mississippí.

XX — 1 Stavisky. 2 Exposiciones transoceánicas.



Los números romanos indican el orden de las columnas. Los números árabes indican el orden de las palabras en cada columna

Peloponeso y Jazmín ★ *por Hamlim*









































